LA CUESTION

DEL

TRABAJO AGRICOLA Y DE LA POBLACION

EN

LA ISLA DE CUBA

TEÓRICA Y PRACTICAMENTE EXAMINADA

POR

EL CONDE DE POZOS-DULCES

Una raza que abandona á otras razas el cultivo de su territorio, se despoja por eso mismo de toda legitimidad de posesion, de todo derecho y arraigo á la perpetuidad, sin los que la vida de los pueblos es un accidente transitorio en la historia de la humanidad.—(Página 22.)

PARIS

IMPRENTA TIPOGRAFICA DE JORGE KUGELMANN

CALLE DE LA GRANGE BATELIERE, 13

1860

PROLOGO

Las páginas que van á leerse fueron escritas y publicadas en un periódico diario de la Habana, mas de dos años ha, bajo la misma forma de cartas en que posteriormente se reimprimieron en el tomo primero de la coleccion de mis obras, que acaba de salir á luz en esta capital. Ellas compendian y reasumen las ideas que una larga esperiencia de las cosas rurales de mi país me habian sujerido acerca del trabajo y poblacion de esa Isla, y que he procurado desenvolver en multitud de escritos publicados en distintas épocas. ¿Porqué vuelven á reaparecer ahora esas páginas en folleto separado, y sin ninguna variacion en su forma ni en su contenido? Esto es lo que paso á esplicar.

Enteramente ajeno, aunque no indiferente, á las cuestiones políticas que se debaten en la Peninsula, no por eso he dejado de leer algunos artículos que recientemente se publicaron en la prensa de Madrid, con ocasion del Real Decreto de 6 de Julio, que fija el modo y las reglas que deben observarse para la introduccion de trabajadores chinos en la Isla de Cuba. Desde luego apareció evidente para mí, que así en los ataques de que ha sido objeto esa Real disposicion, como en su defensa por los periódicos adictos al Ministerio, lo que mas ha preocupado á sus autores es el lado político de la cuestion, ó para hablar con mas claridad, el interés del partido en que cada uno se encuentra afiliado, dejando intacto el punto mas esencial de la cuestion, que era el de saber, si en las condiciones actuales de la Isla de Cuba habia urjencia ó necesidad de recurrir á la importacion de

trabajadores estraños, negros ó chinos, que todos los contendientes, por lo visto, consideran como un mal necesario, diferiendo únicamente respecto de la eleccion entre estas dos clases de operarios agrícolas, ó de la forma y modo de su introduccion en el país.

En efecto, ministeriales y oposicionistas, todos dan por sentado, á manera de axioma inconcuso, que la Isla de Cuba necesita importar labradores para sus campos, y que los de color, asiáticos ó africanos, son los únicos que pueden convenir para conservar y acrecer la prosperidad de ese país. Partiendo de estas premisas, el debate que pudo ser importantísimo y vital, degeneró en cuestion de *constitucionalismo*, mejor dicho, de partidos, ó se rebajó á las mezquinas proporciones de una controversia de detalles.

Neutral en la arena de los partidos políticos que en España se disputan la supremacía, no puedo serlo respecto del principio que consagra la necesidad de aumentar el trabajo de color en mi patria, sobrado inundada ya de elementos heterogéneos, que harán en todo tiempo difícil su consolidacion para los altos fines de la civilizacion blanca, que tanto ella como España están interesadas en promover. Amo demasiado á Cuba para no aprovechar todas las ocasiones de protestar contra una creencia que la tiene ya sembrada de incertidumbres y peligros, y que puede conducirla á un abismo de males incalculables. Soy demasiado afecto á todas las conquistas del progreso, de la justicia y de la moralidad, para ver con indiferencia hollados, comprometidos é imposibilitados estos grandiosos objetos con el triunfo de una doctrina, que es su negacion en todas las esferas de la humana actividad. Estoy demasiado connaturalizado con la grandeza en lo pasado, y con las esperanzas en el porvenir de la raza blanca que hoy puebla á Cuba, para no contemplar sin espanto y dolor que un error de la inteligencia, ó una ambicion desmedida de lucros ilegítimos, entreguen mañana ese riquísimo patrimonio en manos de la barbarie ó de la devastacion. Y para que no quede sombra alguna de equívoco ó de duda añadiré, que tengo demasiado á pechos la reparacion final que debemos á la raza que pagó con su libertad nuestra riqueza, para no ver con amargura aplazada indefinidamente para ella el dia de la justicia, con los nuevos elementos de complicacion que una per-

niciosa teoría viene arrojando constantemente en nuestras playas. Estas ideas, que por razones que todos comprenderán no debieron figurar en una publicacion destinada á circular en Cuba, puedo ahora sin recelo estamparlas al frente de un papel que deseo que corra en España, donde importa sobremanera que se rectifiquen las nociones que hasta ahora han prevalecido respecto del trabajo de los campos de Cuba.

Repito que soy enteramente estraño á la política militante de la Península, y ahora debo agregar, que si alguna escepcion pudiera hacer, seria para elogiar algunas medidas que el actual ministerio ha decretado respecto de la Isla de Cuba. No es, pues, un sentimiento de hostilidad á determinadas parcialidades el que pone ahora la pluma en mis manos, y el que me induce á *reimprimir, en una forma mas manuable, un trabajo* que considero como una refutacion perentoria de la doctrina que proclama como indispensable el trabajo de color en Cuba. Este escrito, por otra parte, llega ya demasiado tarde para influir en una resolucion ya convertida en Real Decreto. Lo que ataco es, vuelvo á decir, el principio que presidió á esa y á otras disposiciones análogas decretadas por ministerios anteriores, respecto del surtido de trabajadores para Cuba, con la esperanza que si mis razones logran penetrar en la mente de los que ahora ó mas tarde tengan en sus manos la direccion de los destinos de mi país, se ponga remedio al daño ya causado, y se cierre para siempre la puerta á las colonizaciones de color, que considero como atentatorias al progreso ulterior y á la estabilidad de aquella importantísima Antilla.

Y tan léjos estoy de querer hostilizar por ello á los actuales ó anteriores ministros que han estado al frente de las cosas de Ultramar, que no me cuesta esfuerzo alguno el suponer que todos á su turno, cual mas, cual ménos, han cedido, al tomar esas disposiciones, á la presion de la opinion pública que clama incesantemente por brazos de color, como únicos capaces de conservar y de aumentar la produccion de nuestras Antillas. Debo declararlo con toda franqueza: no ya solo cuantos han ido á Cuba, y ejercido allí destinos mas ó ménos importantes, sino desgraciadamente tambien, la mayoría de los hacendados de aquel país, opinan que las razas de color son las únicas que pueden desempeñar las faenas rurales de aquellos apartados y calurosos climas.

Agréguese á esto las apremiantes gestiones de los que en la importacion y en el tráfico de esa clase de trabajadores ven asegurada una fuente de cuantiosos lucros, y se comprenderá entónces que no hay que buscar otros móviles ni intenciones, que los muy justificables del bien general, en las medidas hasta ahora dictadas para satisfacer una necesidad tan universalmente proclamada. Que esta supuesta necesidad es un error, y de perniciosas consecuencias, me parece que quedará plenamente demostrado en las páginas del trabajo que ahora reproduzco.

Empero, si no cabe poner en duda la sinceridad de la mayor parte de aquellos que piensan que son indispensables los brazos de color para la agricultura cubana, ¿cabe igual tenidad respecto de los que han hecho triunfar la *urjencia* de importar nuevos trabajadores de esa clase, afrontando los inconvenientes y los peligros que todos sienten, que los mas confiesan, pero que nadie quiere considerar en toda su magnitud?

¿Acaso está la Isla de Cuba en decadencia, aminoradas sus rentas, menguada su produccion, abandonado el trabajo de sus campos y amenazada su existencia como pueblo agricultor? ¿Hay paridad alguna entre ella y otros países coloniales, para invocar el ejemplo de la Francia é Inglaterra, respecto de lo que estas hacen con objeto de satisfacer la demanda de trabajadores en la decadente industria rural de aquellas regiones? Se abolió ya la esclavitud en Cuba, y estamos allí en el caso de echar mano de cualquier espediente, por riesgoso que sea, para salvar de completa ruina su produccion?

Parécome á mí que la negativa terminante que á estas preguntas se puede oponer, es la condenacion mas perentoria de aquellos que con sus clamores insensatos asedian el poder, y le arrancan medidas que deben deplorar cuantos comprendan los verdaderos intereses de Cuba en lo presente y en lo porvenir. No: no hay la menor urjencia para seguir introduciendo allí razas de color, sea cual fuere su patria ó procedencia, y sea cual fuese tambien la doctrina que en definitiva triunfe acerca del trabajo en los países tropicales. En Cuba todo continúa en progreso: rentas, produccion, industria y prosperidad, y lo único que puede esforzarse es la prisa por poner el hacha al pié del último árbol de la Isla, para concluir de una vez con su fertilidad y su riqueza. Si esto es lo que se busca, basta ya y sobra

con las legiones estrañas que pueblan el territorio; basta con los ochocientos mil trabajadores de color que nuestra ambicion y nuestra codicia han aclimatado en Cuba; basta ese capital humano reproductivo para renovar allí el milagro de un pueblo vecino, que con una mitad ménos de trabajádores de color los elevó en media centuria al prodigioso número de ¡Cuatro millones!

Jamás ni en parte alguna se encontró un pueblo en condiciones mas favorables que Cuba, para hacer una pausa en el camino que lleva recorrido, para concentrarse en sí mismo y disponer á su antojo del porvenir. Los errores y desaciertos pasados no serán parte á anublar sus destinos futuros, si se detiene á tiempo en la senda florida que conduce al abismo; «porque abrir abismos es sembrar desiertos en Cuba, multiplicar su poblacion heterógénea, provocar una plétora de azúcar que necesariamente ha de refluir en ruina de sus propios promovedores. No son brazos los que faltan, sino reformas; no nuevos desmontes, sino mejor utilizacion del terreno cultivado; no aumento de cajas de azúcar, sino diminucion de sus costos de produccion; ó por mejor decir, todo eso lo tendrá Cuba: brazos, estension de cultivo, acrecimiento del producto bruto y del producto neto, cuando sepa fundar una agricultura variada, facil, provisora, libre de vicisitudes, acomodada al trabajo de nuestra raza, digna de este siglo de progresos y de civilizacion (1).»

Esto decia yo años atrás, y puedo repetir ahora con mas fundamento, porque no solo ha adelantado Cuba despues en riquezas, sino que ha alcanzado ya la ilustracion necesaria para conocer todos los resortes que puede poner en juego para esa trasformacion de su agricultura, renunciando para siempre á volver á las fuentes emponzoñadas en donde hasta ahora se proveyó de trabajadores agrícolas. Si cabe alguna disculpa para los que todavía siguen creyendo que estos son indispensables en el trabajo tropical, ninguna pueden alcanzar los que, á despecho de todas las evidencias, pretenden sustituir las aspiraciones de su ambicion y de su insaciable codicia á los mejores y mas vitales intereses de su patria.

(1) *Coleccion de escritos sobre agricultura, industria, ciencias y otros ramos de interés para la Isla de Cuba*, por D. Francisco de Frias, Conde de Pozos-Dulces: tomo I, páginas 24 y 25.

El trabajo que se va á leer, y cuya lectura meditada suplico á todos los que se interesan en la mejor solucion del problema del trabajo rural en Cuba, contiene consideraciones teóricas y prácticas que considero susceptibles de conducir á ese apetecido resultado. Las primeras, sobre todo, me parece que no sufrirán contradiccion; y respecto de las segundas, si no soy tan afirmativo, es porque comprendo que en las aplicaciones de un principio exacto, cabe una gran latitud de apreciaciones particulares. Lo esencial es dar á conocer el principio y procurar su admision en la conciencia pública: la práctica sabrá luego variar hasta lo infinito sus fecundas consecuencias.

Antes de concluir debo declarar, que concebido y redactado este trabajo para las columnas de un periódico diario, ni su forma ni su estilo están á la altura de la cuestion que en él se trata, y que apremiado por el tiempo y las ocupaciones, no me ha sido posible variar ni la una ni el otro. Dichoso yo si sus inevitables imperfecciones no oscurecen la idea principal que en él pretendo inculcar, á saber: que la Isla de Cuba puede hoy, mediante la reforma de su agricultura, hacer frente á todas sus necesidades en el órden del trabajo rural, sin importar nuevos elementos que comprometan en lo futuro su prosperidad y su seguridad, y con ellas todas las grandes soluciones de moralidad, de justicia y de civilizacion á que debe aspirar nuestra raza en aquel hemisferio.

Paris 15 de Agosto de 1860.

El Conde de Pozos-Dulces.

CARTA I.

NO PUEDE NI DEBE NEGARSE LA INSUFICIÉNCIA DEL HOMBRE BLANCO PARA CIERTOS TRABAJOS DE LA AGRICULTURA TROPICAL.

Paris 13 *de mayo de* 1858.

Mi estimado amigo: La cuestion del trabajo agrícola en Cuba se viene debatiendo desde el principio de una manera, que necesariamente conduce á la solucion que allí se le ha dado, ó se le pretende dar. Se me figura que no poco han contribuido á este resultado los que, mas opuestos al surtido del trabajo por medio de las razas de color, se empeñaron en combatirlo, oponiendo una teoría contraria y absoluta, y sin tener en cuenta los hechos que aconsejan colocar el debate en otro terreno.

Dígase lo que se quiera, arguméntese hasta el dia del juicio final, el hombre blanco es inferior al hombre de color, asiático ó africano, para el empleo de la fuerza muscular, y para la resistencia en el trabajo que este desempeña en los climas tropicales. Esta verdad, escrita por la naturaleza en la frente de unos y otros trabajadores, y estampada en la color de su tez, está superabundantemente comprobada por la esperiencia diaria, y por el mal éxito de la colonizacion blanca, intentada en varios países de la América tropical. Y cuando á pesar de tantas evidencias reunidas se empeñaron algunos en afirmar la contraria tésis, y en exaltar la suficiencia agrícola del trabajador blanco colocado en idénticas condiciones con el trabajador de color, sus contradictores no pudieron ménos que triunfar, convenciéndolos de obcecados ó de faltos de sinceridad. De ahí el que en la práctica prevaleciese durante muchos años el sistema opuesto, ó el de la importacion africana para los trabajos de nuestros campos; de ahí, que ahora cuando esa importacion ha dejado de ser legal, se procure su equivalente en otras regiones geográficas análogas; de ahí tambien, el que se haya afianzado en Cuba el régimen de agricultura, que pu-

diéramos llamar de la fuerza bruta. La insuficiencia de la raza blanca, aplicada á la produccion tropical, se ha encarnado despues con todas sus consecuencias en el dogma de nuestro credo rural, miéntras que los mantenedores del trabajo blanco han sido y son considerados hoy como heresiarcas ó utopistas.

Yo no sé si en los tiempos á que me voy refiriendo pudo plantearse de otro modo la cuestion, y si en caso afirmativo, existia la posibilidad de que triunfase el principio favorable al trabajo por la raza blanca. Todavia en los veinte primeros años del siglo actual la agricultura fué poco estudiada y conocida, aun en los paises mas adelantados de Europa, y con mayoría de razon en los del Nuevo Mundo, que nacian entónces á la vida agrícola é industrial. El rasgo mas saliente de la economía rural de todos los pueblos era el empleo de la fuerza humana para fecundar la tierra. La doctrina de la expiacion se realizaba en toda su plenitud en la labor de los campos. *Con el sudor de tu frente comerás el pan*, habia dicho el Eterno al hombre prevaricador.

Mayor que en ninguna otra parte debió ser, en nuestra América tropical, la ignorancia de la multitud de fuerzas auxiliares con que puede contar el hombre para aliviar su improba tarea. Por otra parte, la industria agrícola se ejercia allí en cultivos nuevos y especiales. La siembra de cañas y la fabricacion de azúcar, que tan copiosamente remuneraban el esfuerzo muscular en ellas empleado, debian tambien contribuir á asignarlo á ese trabajo una preponderancia muy marcada sobre cualquier otro agente ó adminículo de la produccion rural. En semejante situacion es lógico inferir, que por bien planteada que hubiese sido la cuestion del trabajo blanco, en oposicion al trabajo de color, siempre habria quedado en favor de este último la supremacía. Nada quiero decir de lo *gratuito* de este, ó poco ménos, y de lo *oneroso* del primero; razon que por sí sola bastaba, á falta de otros argumentos, para refutar en el terreno práctico las teorías preconizadoras del trabajo por la raza blanca.

Repito que no sé lo que hubiera sucedido entónces, ó por mejor decir, todo induce á creer que la cuestion se habria resuelto de la misma manera que la resolvieron nuestros padres. Hoy, á pesar de que muchas de esas circunstancias han variado, me atrevo á afirmar que si el problema se sigue planteando del mismo modo, tambien ganarán la

partida los mantenedores del trabajo por las razas de color.

Si la cuestion se sigue debatiendo en el terreno de la fuerza y de la resistencia, la ganarán ellos; si nada valen en agricultura la ciencia y el saber; si el azúcar no se puede hacer de otro modo sino como lo concibieron y ejecutaron nuestros antepasados; si un injenio ha de continuar siendo una asociacion forzosa de dos industrias, con campos inmensos de caña y una hueste de trabajadores gratúitos ó poco retribuidos, sujetos á una estrecha y degradante disciplina bajo un rústico mayoral, trasnochados y espuestos á todas las inclemencias del clima cubano, sin otra perspectiva por delante que la perpetuidad de semejante condicion; si eso ó cosa parecida tiene necesariamente que ser la agricultura tropical, entónces no hay por qué dudarlo, ganarán los contrarios y ganarán con sobra de razones. La fibra del hombre blanco no se hizo para ese clima, para esa organizacion, para esa perspectiva. El colono y el inmigrante europeo tiene que sucumbir en esa atmosfera violenta y escepcional. Pretender otra cosa seria locura insigne, y lo único que hay que hacer para mantener y aumentar nuestra produccion es importar, ya que no africanos gratúitos, asiáticos baratos, únicos capaces de adaptarse á semejante sistema y á semejante agricultura. La colonizacion blanca colocada en esas condiciones es un imposible; la sola lógica y lucrativa es la de los hombres de color.

Los partidarios de la poblacion blanca deben desengañarse; ya es tiempo que se aparten del terreno en que imprudentemente se colocaron. Si siguen admitiendo las premisas de sus contradictores, están perdidos; si consienten en la inmovilidad del sistema agrícola; si en vez de discutir acerca de la resistencia corporal de la raza caucásica, y de la inocuidad del clima cubano, no demuestran la preeminencia de la agricultura racional y científica sobre la agricultura bruta y muscular; si se contentan con oponer la colonizacion blanca á la colonizacion asiática; si no saben herir la dificultad, rechazando como absurda y peligrosa la organizacion de nuestros injenios, precisamente porque en ella no hay cabida para las fuerzas, para la inteligencia y la actividad del hombre blanco; en una palabra, si el progreso no lo conciben y no lo proclaman mas que en la sustitucion imposible de un trabajo por el otro; entónces que se resignen á ver inundado el pais con la inmigracion salida del celeste im-

perio, ese hormiguero humano que han ido ahora á revolver las potencias europeas.

Otro error y de gran tamaño cometen los partidarios del trabajo por la raza blanca. Creen sin duda todavía que existe alguna dialéctica capaz de convencer, y sobre todo, de persuadir á los actuales hacendados de Cuba á que adopten una modificacion tan radical, como lo es la de reemplazar el trabajador negro ó chino, gratúito ó barato, por otro, que aun en el supuesto de ser igual en fuerza y en produccion, tiene que ser mas costoso. No hay *patriotismo* que baste á hacer aceptable tan onerosa variacion, y esto esplica sobradamente la esterilidad de las predicaciones á semejante parte dirigidas. Y si por acaso, comprendiendo el verdadero punto de la dificultad, quisiese alguien sujerirle á nuestros hacendados la conveniencia de *modificar* su sistema agrícola, para hacer posible y lucrativa la sustitucion de unos operarios por otros, todavía incurriria en un yerro mayor, aspirando á dos conversiones en lugar de una sola.

No nos hagamos, pues, ilusiones: el triunfo de la idea civilizadora que tiene por objeto sustituir nuestra raza á las de color en el trabajo y poblacion de nuestros campos, no puede deberse ni á los argumentos *infructuosos* que hasta ahora se invocaron en el terreno de la práctica, ni tampoco á la iniciativa de los que, ménos que nadie, están en aptitud de comprender ni de llevar á cabo esa tan trascendental modificacion.

De este rápido exámen del asunto se desprenden dos consecuencias importantes; la primera, que debemos abandonar á nuestros contrarios un terreno en que nunca debimos combatir, llamándolos á otro que no pueden ménos que aceptar y en que su derrota será segura; la segunda, que si queremos una solucion práctica de esta envejecida contienda, es preciso apelar á otros hombres ó, cuando ménos, á otros medios para realizar en Cuba los ejemplos que, mejor que todas las teorías, pueden llevarnos al fin apetecido.

A falta de otros campeones mas abonados, y estos sobran en Cuba, he resuelto acometer el exámen de uno y otro punto de vista de la cuestion, remitiendo á V. en cartas sucesivas lo que acerca de ambos se me alcanza. Esta mi determinacion pudiera tacharse de temeridad, si puede nunca haberla cuando del bien de la patria se trata.—Entretanto queda de V. afectísimo amigo.

CARTA II.

DE QUÉ MANERA SE ESPLICA LA INSUFICIENCIA DEL TRABAJADOR BLANCO PARA LA AGRICULTURA TROPICAL.

Paris 29 *de mayo de* 1858.

Mi estimado amigo: en mi anterior carta he aceptado como incontestable la proposicion de que el trabajador blanco, el colono de nuestra raza no puede competir con el trabajador de color, negro ó chino, criollo ó exótico, en el desempeño de las tareas campestres que á estos están ahora encomendadas. Los hechos y las escepciones que hasta aquí se adujeron para contradecir esta verdad, no han podido destruir la conviccion contraria, hija de la observacion y de la práctica general de todos los paises tropicales en que los frutos agrícolas son de naturaleza idéntica á los nuestros, y en que la organizacion del trabajo es semejante ó análoga. En Cuba, como en Jamaica y la Martinica; en la isla de Mauricio como en la de la Reunion; en las colonias inglesas ó francesas, lo mismo que en las holandesas ó dinamarquesas, la produccion rural tiene por principales agentes mecánicos los negros ó los chinos, los indios ó malayos. En esos y otros paises semejantes se han hecho ensayos con la raza blanca, que siempre burlaron las promesas anunciadas por los preconizadores de esta. Y como quiera que contra tales evidencias no se invocaron nunca nuevos argumentos, sino que se ha persistido en atribuir el mal éxito de esos ensayos á causas inesactas ó incompletas, hemos visto año por año crecer y universalizarse la creencia en la incapacidad absoluta de la raza blanca para las faenas de la agricultura tropical.

Yo he creido que esa insuficiencia ó inaptitud del trabajador blanco, era demasiado aparente y visible para ser negada; pero

tambien creo que un conocimiento analítico y completo de las causas que la determinan, á la vez que rectificaria la teoría con que hasta aquí se esplicó esa inaptitud, nos conduciria á un método racional de correjirla, y á la mejor solucion del problema del trabajo en nuestra preciosa Antilla. Esto es lo que me he propuesto demostrar en la série de cartas que pienso consagrar al asunto.

La incapacidad, ó mejor dicho, la insuficencia agrícola del trabajador blanco en los climas tropicales, que yo reconozco y que todos debieran reconocer, siquiera fuese para dar fin á un estéril debate, é investigar si no existe un mejor medio de satisfacer á la demanda de brazos que el que está hoy en práctica; esa insuficiencia, digo, procede de un cúmulo de causas, que mal estudiadas ó comprendidas, han erigido en sistema la *irremediabilidad* de un mal de que todos se lamentan. Estas causas son las unas físicas ó climatéricas, las otras etnológicas y morales, y las demás agrícolas é industriales; pero de tal manera obran combinados y confundidos en su accion estos diversos agentes; de tal manera se ocultan los mas eficaces é impulsivos, dejando resaltar los ménos activos y mas aparentes, que la observacion vulgar, identificándolos todos y generalizando, les puso un nombre único, y á todos los comprendió bajo la denominacion de influencia climatérica. El clima de los trópicos es, en efecto, el que hasta aquí cargó con todas las culpas de la poca idoneidad de la raza blanca para los trabajos corporales en esas regiones, y como el clima de un país es la resultante general de una porcion de causas, entre las que sobresalen la posicion astronómica y otras que están en su mayor parte fuera del alcance de la humana intervencion, de ahí el que muy al principio de la conquista ú ocupacion de esas comarcas por los europeos, se renunciase á esplotarlas por medio del trabajo del hombre blanco, y que se buscase un sustituto en el de los mismos indígenas ó de otras razas procedentes de climas análogos.

No pretendo yo que esa creencia en la inaptitud del hombre blanco, fuese la causa única ó mas determinante de la direccion que entónces se dió al trabajo de la produccion en esos países, y que se ha perpetuado hasta nuestros dias en su parte mas esencial. Ni faltaron entónces elocuentes protestas contra semejante absoluta y contra los ocultos móviles que la aconsejaron, ni fuera

difícil hoy mismo desentrañar diferentes impulsos en los que con la mejor buena fé sostienen la inaplicabilidad de la raza blanca, fundada en consideraciones puramente climatológicas. Pero ni aquí se trata de indagar la moralidad de la historia, ni tampoco conduce á nada útil el introducir el escalpelo en todas las sinuosidades de la opinion reinante. Aceptemos como sincera la teoría esclusiva que atribuye á la accion del clima esa insuficiencia que venimos examinando; veamos qué valor tiene ante la razon y ante los hechos; procuremos no despojar al clima de nada de lo que le pertenece; pero tratemos tambien de que no usurpe lo que corresponde á muchas otras causas de diferente órden.

Es una verdad innegable, que el calor y los efluvios de las regiones tropicales afectan de tal manera el organismo de los europeos recien trasportados á ellas, que muchos perecen víctimas de la fiebre amarilla, que es la desorganizacion en un estado muy adelantado, y que los mas se enervan y resienten durante algun tiempo aun despues de aclimatados. En la fiebre amarilla obran, además de la temperatura, otros agentes poco conocidos aun, pero que se localizan en determinados lugares, y muy particularmente en las zonas litorales, y en los parajes húmedos y pantanosos.

Yo confieso que si la cuestion que se debate debiera resolverse por este primer momento de la llegada del europeo á nuestras playas; por el peligro que corre en nuestros puertos de mar; por la incapacidad en que se encuentra para entregarse de pronto á trabajos corporales de mucha intensidad; yo confieso, vuelvo á decir, que en ese evento me pareceria comprometido el tema que me he propuesto sostener. Y no porque yo admita que mueren mas blancos que negros ó chinos en los primeros momentos de su arribo — cosa que si la historia y la estadística no callaran, me parece que se resolveria en el opuesto sentido — sino porque siendo esa mortalidad y esa enervacion momentánea del europeo un efecto indisputable del clima, con sobrada razon las señalaria la opinion contraria como decisiva en el debate. Pero el problema no es de mayor ó menor riesgo en la aclimatacion, sino de fuerza y de aptitud para el trabajo en las condiciones normales de salud en que se encuentran las diversas razas despues de aclimatadas.

Y á pesar de todo ¿acaso ese riesgo especial impidió que se establecieran los europeos aun en las regiones mas inclementes de la zona tórrida? ¿No han fundado colonias en la América, en el Africa y en el Asia tropicales? ¿No viven allí sus descendientes, sanos y robustos, y desempeñando trabajos corporales de tanta ó mayor intensidad que los que ejecutan los negros y los chinos en nuestras fincas? Y si la poblacion blanca no progresó en la mayor parte de esos paises en la misma proporcion que la de color ¿prueba eso otra cosa sino que aquella afluyó siempre en número mas reducido? Esa misma esclusion teórica y práctica del trabajador blanco ¿no está esplicando tambien la razon de su menor afluencia y de su menor influjo en el desarrollo de la poblacion? Vuélvase á leer lo que sobre este tema escribió un eminente publicista cubano (1), fundándose en datos estadísticos irrecusables, y se convencerá el mas ostinado, de que el clima está inocente en su mayor parte del sesgo que se le ha dado al trabajo y á la poblacion de esos países.

Pero repito que debemos dejar á un lado la cuestion del riesgo en la época de la aclimatacion — riesgo que por distintas causas se compensa para todas las razas trasportadas desde lejanas tierras — é investigar si una vez ese riesgo vencido, si despues de verificada la aclimatacion, el trabajador blanco queda inferior al de color en su aptitud para el desempeño de las faenas rurales. Los unos — y estos están en mayoría — sostienen la afirmativa, fundándola en la accion enervante que constantemente ejerce el clima de los trópicos sobre la constitucion del hombre blanco, y apoyándola en la observacion diaria; los otros niegan esa inferioridad y la influencia posterior del clima en el trabajador aclimatado, y citan en corroboracion otros hechos de no menos frecuente ocurrencia. Paréceme á mí que la verdad se encuentra entre estos estremos opuestos, y que si se profundiza la cuestion, podemos encontrar una solucion que concilie todos los hechos y todas la opiniones, y que funde la verdadera teoría del trabajo del hombre blanco en los climas tropicales. Para ello necesitamos descomponer el trabajo en sus elementos constituti-

(1) D. José Antonio Saco. (*Vease su escelente trabajo:* La Supresion del tráfico de esclavos africanos en la isla de Cuba, examinada con relacion á su agricultura y á su seguridad, *que se encuentra á la página* 85, *tomo III de sus obras, recien impresas en Paris.*)

vos, y hacer, por decirlo así, la fisiología de esa manifestacion complexa de nuestra actividad.

El trabajo humano no es un hecho simple. Lo constituyen por una parte el esfuerzo muscular; por otra, la voluntad que es la que determina el juego de los músculos; pero la voluntad obedece á su turno á los móviles que la impulsan y sostienen, y se dirije por la inteligencia que la guia. La mejor organizacion física sin la voluntad, ó lo que es lo mismo, sin los motivos que la determinan y sin una inteligencia suficiente, no rinde trabajo ó lo hace imperfecto en cantidad y en calidad; *vice versâ*, de nada sirven la mejor voluntad é inteligencia, sin una cierta dósis de fortaleza y una buena constitucion de los órganos del trabajador. Hay mas todavía y es, que hasta cierto punto la voluntad y la inteligencia pueden suplir las flaquezas del organismo, miéntras que este es impotente á compensar la falta de la primera, y muy defectuoso en su accion sin la segunda.

Sentadas estas premisas, no es posible comparar la aptitud para el trabajo de dos hombres ó de dos razas diferentes, sin tener en cuenta todos los elementos físicos y morales que los distinguen y apropian para la ejecucion del trabajo; de donde se deduce tambien, que cuando del trabajo hecho se quieren inferir las aptitudes, es preciso distinguir en él la parte que pertenece al organismo, de la parte que pertenece á los móviles y á la inteligencia, pues que de otro modo se espondria uno á tomar lo mas aparente y visible, como única medida ó esponente de la aptitud y suficiencia de los trabajadores.

Etnológicamente considerada, la raza blanca ó caucásica es superior á las razas de color para el trabajo, porque dotada constitucionalmente de una organizacion física tan buena, si no mejor que la de estas, les lleva muchísima ventaja en las aptitudes intelectuales y morales, que como lo acabamos de ver, son tambien factores muy importantes en la cantidad y en la calidad del producto ó del trabajo. La historia de las civilizaciones no es otra cosa que la historia de las aptitudes respectivas para el trabajo, de los diversos pueblos y naciones, como que el trabajo es en definitiva la base de toda civilizacion. Trescientos Españoles al mando de Hernan Cortés conquistaron el vastísimo imperio de Moctezuma. En los momentos en que esto escribo algunos millares de Ingleses, en su mayor parte *no aclimatados*, vencen en la

India á millones de indígenas, armados y disciplinados en mucha parte á la europea. Otros mil ejemplos análogos pudieran citarse, y aunque el trabajo de la guerra y de la conquista es de un órden diverso al trabajo de la produccion, no por eso deja de descomponerse en sus tres elementos: fuerza, voluntad é inteligencia. Y cuando esas mismas razas, vencidas en su propio clima, recobran su superioridad en ciertos trabajos que no demandan ni mayor fuerza, ni mayor inteligencia que los trabajos de la guerra, es preciso reconocer que hay en ellos algo que no depende ni de la robustez ni de la habilidad, sino de los estímulos que obran sobre la voluntad.

La accion del clima, por efectiva que se la quiera suponer — y no puede negarse que alguna tiene en la organizacion de la raza blanca — no impide que esta triunfe en las fatigas de la guerra, ni tampoco en muchas otras faenas mecánicas en que por cierto no tienen gran parte la inteligencia ó la habilidad. Los oficios de tumbadores de monte, de carreteros, de aserradores de madera, de peones de ganado, de fogoneros y otros muchos, los desempeñan los blancos en Cuba y en otros países cálidos, á pesar de ser acaso esas ocupaciones las mas rigorosas que se conocen.

De todos estos hechos y consideraciones se desprende como consecuencia necesaria, que sea cual fuere la influencia que ejerce el clima de los trópicos sobre la constitucion del hombre blanco, esa influencia no puede dar razon de la inferioridad que presenta este en sus disposiciones para ciertos trabajos rurales, que hoy se ejecutan casi esclusivamente por las razas de color. Y como esta inferioridad tampoco se esplica por la falta de inteligencia — dote en que sobresale nuestra raza — es forzoso atribuirla principalmente á aquel otro agente del trabajo, que consiste en la voluntad. Ahora bien, la energía de la voluntad es en las razas civilizadas infinitamente superior á la de los pueblos incultos de que forman parte los trabajadores de color, y por consiguiente, hay que buscar en los estímulos que obran sobre la voluntad, en los impulsos que la determinan y sostienen, la única razon posible de esa insuficiencia del hombre blanco aplicado á ciertos trabajos de los trópicos.

Cuáles son esos estímulos, y de qué manera obran en el fenómeno que venimos examinando; tales son los puntos que dejo pendientes para mi próxima carta, quedando entretanto suyo affmo.

CARTA III.

SON CAUSAS MORALES, NO FÍSICAS, LAS QUE PRINCIPALMENTE ALEJAN AL HOMBRE BLANCO DE LA AGRICULTURA TROPICAL.

París 28 *de mayo de* 1858.

Mi estimado amigo: Creo haber demostrado en mi anterior carta, que bajo la comun denominacion de influencias climatéricas se han confundido varios agentes, y entre ellos, aquel que mayor parte tiene en la insuficiencia del trabajador blanco, aplicado á la agricultura tropical. Dije allí que ni para las fatigas de la guerra, ni para otros trabajos corporales es inferior el blanco al hombre de color, aun en aquellos mismos climas que mas deletéreos se han considerado. Esto resulta de los hechos prácticos que he citado, y de otros muchos con que hubiera sido fácil robustecer aquella demostracion; y si bien no he negado que alguna accion fisiológica ejerce el clima de los trópicos sobre la constitucion ó el temperamento del hombre blanco, es evidente, segun las premisas que tambien he sentado, que su superior inteligencia y la mayor energía de su voluntad, cuando propiamente estimuladas, compensan sobradamente para el trabajo, cualquiera deficiencia que pudiera tener su orígen en la alteracion del organismo por las causas puramente climatéricas.

El cultivo de la caña y otros trabajos agrícolas de los países tropicales no demandan, ni mayor esfuerzo muscular, ni mayor inteligencia, que los que necesitan el herrero, el tumbador de monte, el maquinista y el fogonero. ¿Por qué, pues, no pueden los blancos reemplazar á los negros ó chinos en aquellas faenas? Ya lo he apuntado: por causas que pertenecen mas especialmente al órden moral; y como estas proceden á su turno de condiciones peculiares, las unas que pudiéramos llamar etnoló-

gicas ó propias de la raza, y las otras económicas é industriales, por referirse á la naturaleza y organizacion del trabajo, como tambien á su remuneracion, deberemos examinar unas y otras, si queremos comprender como obran en definitiva atenuando ó desarmando el resorte de la voluntad, y por consiguiente, influyendo en la insuficiencia ó inferioridad del trabajo del hombre blanco.

Miéntras mas se eleva una raza en la escala de la civilizacion, mas se aparta de aquella especie de automatismo, que es casi patrimonio esclusivo de las razas incultas y salvajes. Por rústico é ignorante que sea el hombre blanco, necesita para obrar ciertos estímulos é impulsos que pueden hasta cierto punto escasear en el hombre de color. Tiene aquel además un sentimiento mas ó ménos pronunciado de la propia dignidad, sentimiento que es nulo ó inerte en las razas inferiores. Careciendo estas de ambicion y de iniciativa, no teniendo alcance ni prevision, sin el respeto de sí mismas, sin mas aspiraciones que la de matar el hambre ó la de evitar el castigo, son mas propias para convertirse en instrumentos puramente mecánicos de la voluntad ajena. Su cuerpo lo entregan molécula á molécula en cambio de la racion diaria, ó por satisfacer cualquier otro apetito de su instinto brutal. Hasta sus mismas creencias religiosas y el convencimiento de su inferioridad, los predisponen á sufrir el yugo de la obediencia pasiva y de la ajena direccion. Son, en una palabra, y hasta cierto punto, aparatos que funcionan por lo que en mecánica se llama un movimiento de trasmision.

Otras son y muy diversas las condiciones en que, por su superior naturaleza, puede operar la raza blanca; y si bien no fuera difícil señalar en Europa poblaciones enteras dotadas del mismo automatismo y pasividad; si tambien se encuentra aquí alguna clase de trabajos en que esas cualidades en el obrero son casi indispensables, es preciso tener presente que esas son escepciones, y que los trabajadores que emigran van precisamente huyendo de esas duras exijencias de su posicion, y en busca de otra mas conforme con las aspiraciones de su constitucion intelectual y moral. Puede asegurarse que todo inmigrante ó colono blanco sufre un desengaño desde que pisa las playas de la nueva patria donde piensa emanciparse por el trabajo. Su imaginacion le pintó riquezas y bienandanzas que muy luego disipó la rea-

lidad. En la época de oro del descubrimiento y de la conquista de América, ni un sol de fuego, ni los miasmas pestilenciales de esas incultas regiones fueron parte á detener el empuje de nuestra raza, que allí perpetró hazañas que ni en sueños habia imaginado la historia. Ya se vé, allí estaban siempre en perspectiva los tesoros para el pobre, la fama y la inmortalidad para el valiente, lo vago y lo desconocido para el poeta y el aventurero. El temple de voluntad de los nuevos argonautas era superior á todos los obstáculos.

Hoy dia todo ha cambiado : la riqueza no se obtiene sino por el trabajo tenaz, perseverante, sin poesía ni aventuras; el oro no se recoge en pepitas, sino partícula á partícula, amasadas con el sudor de cada dia. Y si fuera esto solo, una vislumbre de esperanza basta siempre á confortar la fibra desfallecida del hombre blanco. Pero al llegar á nuestras playas se encuentra allí con un temible concurrente, nó por la riqueza que acumuló para sí, sino por la que produce para otros en cambio del pan que se le arroja, ó cuando mas de un suplemento para aguardiente ú ópio. ¡Tal es la ponderada riqueza de la agricultura tropical, que para vivir y medrar tiene que escatimar ó reducir en lo posible el salario del trabajador!

Fáltanle, pues, al colono ó inmigrante blanco desde su arribo, los principales estímulos que halagaron su fantasía : la realidad ha desvanecido sus ilusiones. El recuerdo de su patria, amigos y familia; la nostalgia de que son incapaces las razas de color; el desaliento que se apodera de su ánimo : todas estas causas reunidas, y obrando en combinacion con la debilitante influencia del clima, aflojan los resortes de su voluntad, y lo inhabilitan para el trabajo recio y sostenido de algunas de nuestras industrias principales.

De propósito no quise mencionar ántes, la degradacion y envilecimiento que pesan sobre el trabajo desempeñado por las razas inferiores, por parecerme digno de una especial consideracion ese otro agente, que obra tambien poderosamente en el ánimo del trabajador blanco, disuadiéndole de las mismas tareas, ó desalentándole cuando en ellas se ocupa. Recuerdo que en los Estados-Unidos, los inmigrantes alemanes tienen á ménos emplearse en los mismos oficios que desempeñan los Irlandeses. Y si esto sucede entre razas similares ¿qué no será allí donde

media el abismo de condiciones y de colores diferentes? Por eso es que la agricultura de los trópicos, y muy principalmente aquella que se ejerce por dotaciones de esclavos y de gente de color, fué siempre tan antipática á los ojos de los europeos. Su orgullo se resiente de semejante asimilacion, é independientemente de las muchas otras causas que tambien concurren á alejarlos de nuestras fincas de campo, esa es una de las que obran con mayor constancia y energía. Y hé ahí otro hecho del órden moral, que esplica la aparente anomalía de dedicarse el hombre blanco con preferencia á ciertos oficios mecánicos mas recios que los de la agricultura, y en los que la accion del clima tropical pudiera serle mas funesta. ¿Habrá quien se acuerde del sol para nada, cuando vea en la plaza de la Habana que los *carretoneros* son blancos, y los *cateseros* negros, siendo así que el tráfico de aquellos es cien veces mas trabajoso é insoportable que el de estos? Haciendo estensiva esta consideracion á muchas otras anomalías del mismo género que presenciamos á cada paso, seria fácil demostrar en último análisis, que el clima entra por tan pequeñísima parte en la llamada insuficiencia del trabajador blanco en los trópicos, que nos asombraria ver el lugar que á ciencia y paciencia de todo el mundo ha usurpado. Los pocos que de todo punto negaron su influjo, estaban muy cerca de la verdad, y acaso la habrian hecho triunfar, si concediendo la parte infinitesimal que le corresponde al clima, no hubiesen descuidado el descomponer el fenómeno del trabajo, para mostrarnos el verdadero punto de la dificultad. Pero no anticipemos todavía sobre lo que nos resta por probar.

Como mecanismos mas baratos y dóciles, ajenos á grandes aspiraciones, y susceptibles de plegarse á una disciplina mas rigorosa y uniforme, el africano primero, y luego el chino, han debido convenir mas especialmente á una agricultura que procede por masas, venciendo los obstáculos por la sola fuerza de los puños, é incorporando en el producto la mayor suma del elemento orgánico y de la pasividad del trabajador. Yo he dicho que constitucionalmente no es inferior para el trabajo la raza blanca á la de color; pero que poseyendo una naturaleza mas compleja, como mas civilizada, ha de menester de otros estímulos, de mayor recompensa y de cierta autonomía para funcionar útilmente en el fenómeno de la produccion. La agricultura tro-

pical — y por esta entiendo la que se aplica á esos frutos especiales y valiosos que acostumbramos obtener, sacrificando toda otra consideracion á la celeridad y magnitud de los resultados, — la agricultura tropical, que nació y creció en una época de insaciable codicia y de no muy acendrada moralidad, no se equivocó al echar mano de aquellos agentes humanos mas plásticos y gobernables, y así es que hundió generaciones enteras en el surco en su *hidrópico* afan de oro y de riquezas. Sus métodos todos, su organizacion debian conducir á ese resultado. Hoy por hoy, si bien prevalecen otras ideas de moralidad y de justicia, subsiste todavía el mismo mecanismo de produccion, y salvo acaso la intensidad, la misma necesidad de sacrificio y de impersonalidad del trabajador.

Es preciso en semejante sistema que este se despoje de toda voluntad é inteligencia, para no querer ni obrar sino por impulso ajeno; todos sus movimientos están previstos y ordenados; no es tarea la que se le señala, sino una série no interrumpida de esfuerzos mecánicos, tanto mas fatigosos, cuanto ménos proceden de la propia iniciativa. No tiene eleccion para nada, ni para la forma, ni para el modo del trabajo, ni para la hora de la accion, ni para la hora del reposo. El insaciable trapiche devora en pocos instantes montañas enteras de caña, y es preciso *cortarla* y prepararle la racion, aunque el sol lance sus mas ardientes rayos. Cuando la noche convida con su silencio y su frescura al descanso de sus fatigados miembros, hé ahí que tambien es necesario que el trabajador vele y trabaje en las diversas faenas de una *descomunal* fabricacion.

Y todo esto por una mezquina é insuficiente remuneracion, que no deja entrever al trabajador blanco la época de su liberacion, ni la mas remota vislumbre de realizar las esperanzas que concibió en el dia de la espatriacion. Atomo perdido entre esa inmensidad de obreros, de máquinas y de capitales que constituyen un *ingenio* ¿cómo habrá de soñar siquiera en la posibilidad de ser propietario un dia, ese sueño constante del que atravesó los mares en busca de la fortuna? ¿Dónde está el que le precedió y se enriqueció con semejantes principios? ¿Y para eso fué que abandonó su hogar y su familia, afrontando privaciones y peligros de toda clase, y mas que todo, la temida fiebre tropical? ¿Se rebajará por tan poca cosa á la condicion del negro ó

del asiático, y se espondrá á que le señalen con el dedo sus compatricios mas afortunados, que escogieron carreras mas independientes y liberales? No, ni optará por el oficio de trabajador agrícola, si no tiene compromisos, ni persistirá en él, si una engañosa contrata le ligó á semejante inesperado destino. La industria, el pequeño comercio, ó cualquiera otra ocupacion por trabajosa que sea, si mas independiente y lucrativa, serán para él una tentacion perenne; la ciudad le tenderá los brazos, y él abandonará los campos á esas masas rústicas que vejetan sin aspiraciones, y que desaparecen sin contar para nada, incorporadas en los frutos de esportacion.

Tal es con poca diferencia toda agricultura tropical, y tales los halagos que brinda al trabajador ó al colono blanco. Productiva para el dueño ó empresario, mortal ó funesta para el trabajador, repele de sí la colaboracion de la inteligencia, y absorbe la sustancia de los agentes que debiera nutrir y enriquecer. Y cuando siembra la ruina y la miseria en su derredor; cuando esquilma la tierra, degrada y envilece el trabajo, y corta en ciérnes todo principio de poblacion, clama siempre por nuevos brazos y nuevas víctimas que devorar, acusando al clima y á la naturaleza de ese holocausto perenne que es la obra de sus manos y de su insaciable voracidad. Tiempo es ya de decir estas verdades, por mucho que escuezan y amarguen; tiempo es ya de absolver al sol de los trópicos de esa mentida y secular complicidad con que le calumnian la desmedida ambicion de los unos, la ignorancia de los otros y la rutina é imperfeccion de nuestra industria rural. Tiempo es ya de pensar en variar un sistema, que seguirá alejando de nuestras playas la única poblacion que puede enriquecer, civilizar y consolidar los paises tropicales.

CARTA IV.

POR QUÈ ES QUE LA AGRICULTURA TROPICAL SE OPONE A LAS EXIGENCIAS DEL TRABAJADOR BLANCO.

Paris 6 *de junio de* 1858.

Mi estimado amigo: No es, pues, el clima sino la falta de remuneracion y de estímulos, combinada con la dureza del trabajo en un sistema de agricultura imperfecto, que sacrifica la dignidad y la independencia del trabajador blanco, la que hasta ahora incapacitó á este para desempeñar las faenas de la produccion tropical. Las numerosas escepciones que presentan en esos paises los blancos, dedicados á trabajos mucho mas recios que los de la agricultura, cuando su interés, su autonomía y su orgullo están satisfechos, bastarian á comprobar una verdad, que hemos podido deducir *à priori* del análisis del trabajo, del estudio del corazon humano, y de las consideraciones sociales é industriales en que se encuentra colocada nuestra raza en todas las regiones tropicales. Los blancos criollos, que no temen á la fiebre amarilla y están connaturalizados con el clima de esos paises, muestran la misma repugnancia, la misma inaptitud que los inmigrantes y colonos europeos, para sustituir á las razas de color en el trabajo asalariado de los campos. Y como la pequeña agricultura, por causas que ahora no examinaremos, no brinda allí tampoco grandes atractivos, ni esperanzas de fortuna para el propietario ni para el asalariado, de ahí tambien el que, á la par de la de los injenios y de otras fincas mayores, se vea despreciada, abandonada ó desatendida por el trabajador blanco toda la industria rural de esos paises.

Los mantenedores de la accion incapacitante del clima no han fijado su atencion en las consideraciones siguientes, que bien comprendidas, bastarian á resolver la cuestion en muy diverso sentido. Miéntras mas riguroso sea para el agricultor el clima de los trópicos, mas favorable es para el desarrollo de las plantas que constituyen su granjería: esto equivale á decir, que miéntras mas trabaje é influya la naturaleza en el fenómeno de la produccion rural, menor es el esfuerzo que demanda de parte del labrador. De manera que puede asegurarse, que siempre hay compensacion, y que á medida que aumenta la accion del clima sobre la fibra del trabajador, en tanto se disminuye la necesidad de su agencia personal en el cultivo de los campos. Quien quiera que haya visto en Europa la suma de trabajos indispensables para una cosecha de granos, por ejemplo, y la compare con la que exije una cosecha análoga en los trópicos, se desengañará de que en tanto supera la primera suma de trabajos á la segunda, en cuanto es ménor allí la intensidad de accion de los agentes naturales que concurren á la produccion.

En los paises frios ó templados, la mayor parte de las faenas agrícolas tiene por principal objeto el suplir las deficiencias del clima. Las labores repetidas y el estercolamiento de las tierras obran particularmente atrayendo, desenvolviendo y fijando el calor y la humedad, sin cuyo constante auxilio no medrarian las cosechas, y tambien atesorando otros agentes atmosféricos que son de primera necesidad para las plantas. En los trópicos, una buena parte de esos trabajos es escusada: la naturaleza presta su colaboracion gratuita para el surtido necesario de agua y de calor. El amoniaco, que es en las zonas frias el mas costoso de los abonos, se lo regalan al labrador trupical las descargas eléctricas de su cielo privilegiado. Hay mas y es, que para un mismo trabajo empleado, es mayor la remuneracion en los climas cálidos que en los templados: primero, porque cada cosecha es mayor, siendo allí tan activos los agentes naturales; y segundo, porque la constancia de estos permite renovar las cosechas en un tiempo dado, y aprovechar así, para várias, las labores que el cultivador europeo tiene que dedicar á una sola cosecha anual.

De aquí resulta, que cuando efectivamente fuese tan poderosa, como quiere suponerse, la influencia debilitante del clima

tropical sobre la constitucion del trabajador blanco, como por otra parte, ese mismo clima por su accion sobre la vegetacion disminuye proporcionalmente la suma de esfuerzos necesaria para la produccion rural, no es posible sostener que valga ménos el trabajador blanco empleado en los trópicos que en su país natal. Todo lo mas que puede concederse—y este es el punto de vista en que yo me he colocado—es que el trabajador blanco es inferior al de color para soportar esa enervacion, hija del clima, cuando se combina con las demás causas que lo inhabilitan para el desempeño de las faenas rurales en el sistema que se sigue en esos países.

Llegados á este punto de nuestro trabajo, natural es preguntar, si la organizacion de la agricultura tropical es fatal y necesariamente lo que es hoy; ó si por el contrario, es susceptible de modificarse, puesto que en el primer caso habriamos emprendido una ociosa discusion, viniendo á parar, aunque por diferente camino, al mismo resultado práctico que el que sostienen los partidarios del trabajo por las razas de color. Poco importa, en efecto, que sea el clima ó la naturaleza de los trabajos lo que causa la inferioridad del blanco, si ni el uno ni la otra admiten variacion.

Yo digo resueltamente que no: nuestra agricultura no es lo que puede ser, lo que debe ser, lo que conviene que sea, y esto bajo cualquier aspecto que se la considere, ya sea industrial ó económico, ya sea político ó social.

Industrialmente considerada, la agricultura de los trópicos es hija lejítima y sin adulteracion alguna de la primera concepcion de nuestros antepasados del siglo XVI, época de gloria y de espansion para las armas que conquistaron el Nuevo Mundo, pero sin títulos ningunos al reconocimiento agrícola de la posteridad. En efecto, entónces nació el pensamiento de aplicar á la produccion de la tierra el sistema de los brazos de color, ya iniciado en el aprovechamiento de las minas. Tierra y brazos, hé ahí la fórmula concisa de esa agricultura comenzada hace mas de trescientos años. Yo pregunto, ¿en qué se diferencia la de hoy de esa su progenitora? Sistema estensivo, en cuanto á sus dimensiones; sistema muscular, en cuanto á su ejecucion; sistema devastador, en cuanto á sus efectos; sistema que paulatinamente conduce al desheredamiento de la raza esplotadora en provecho

de las razas trabajadoras. Llámase agricultura, porque en efecto araña la tierra para aprovechar, por medio de ciertas plantas especiales, la riqueza escondida en sus entrañas por siglos de acumulacion natural; de otro modo la apelacion que le conviene es la de minería, como que semejante á esta, no fecunda sino que agota los filones que encuentra, para pasar á otros hasta lo infinito. Y como en esta peregrinacion constante se inutilizan todos los trabajos anteriores de instalacion y de descuaje, esa agricultura necesita un personal numeroso, una crecida maquinaria humana, una guerra de esterminio contra la naturaleza, en que la fuerza muscular del hombre es la única árma de aplicacion.

Todas las colonias tropicales, y Cuba no ménos que ninguna otra, presentan por donde quiera ese espectáculo de desolacion, esas tierras esquilmadas y abandonadas que van marcando el paso de una agricultura ruinosa y devastadora. Tierras y brazos devora necesariamente un sistema que procede por saltos y por violencia, recojiendo y no formando la riqueza, combatiendo y no ayudando á la naturaleza, subordinando la habilidad y la inteligencia al empleo de las masas y al despliegue de la fuerza material.

Para que semejante sistema sea lucrativo, necesita de parte de los operarios la mayor abnegacion y sacrificio, la mayor suma de automatismo y de pasividad, la menor remuneracion posible; y como quiera que con tales elementos ni se atrae, ni prospera, ni se aumenta la poblacion trabajadora, de ahí procede que despues de tres siglos de esplotacion nunca esté satisfecha la necesidad de brazos, y que se ande siempre en solicitud de las razas mas á propósito para plegarse á las exigencias de tan descomunal tarea. Ni Cuba, ni Jamaica, ni la Martinica, ni la Reunion, ni la Luisiana están servidas y contentas. En todos esos paises se discute el eterno problema del surtido de brazos, en todos se acusa al clima de esa impotencia y despoblacion, de esa desercion de los campos por la raza blanca, que son la consecuencia inevitable de los vicios, de los desaciertos, de la desmedida é irracional esplotacion de los frutos tropicales.

Y cuenta que los fundadores de semejante agricultura tuvieron su escusa en las ideas entónces reinantes; en la ignorancia de los buenos procedimientos rurales, en la natural codicia de

esplotar en grande escala y con la mayor celeridad unos frutos tan privilegiados y valiosos. Cuando, por otra parte, la inmoralidad del tráfico negrero no habia penetrado en la conciencia pública, nada tenia de estraño que el sistema agrícola se ajustase á las facilidades que entónces brindaba ese comercio, para la reposicion de los brazos que consumia el cultivo. Hoy que todas esas ideas han variado ó tienden á variar; que las circunstancias económicas han despojado á la produccion tropical de esa peculiaridad y de ese prestigio que la hacian considerar como eterna en sus fundamentos, y sin rival como medio de hacer fortuna; hoy que los adelantos de la ciencia agronómica é industrial han puesto en evidencia la supremacía del saber y de la inteligencia, aplicados á la produccion; hoy, en fin, que la industria tropical por escelencia, la industria azucarera, tiene un modelo que imitar en otra industria similar europea, no hay disculpa que invocar, ni motivos atenuantes que ofrecer para la perpetuidad de un sistema que aspira á convertir en áridos desiertos esas regiones, un dia orgullo de los trópicos. Cuba, ménos que ninguna otra, debe persistir en su impenitencia, por razones que ya en otras ocasiones he esplanado y que no me cansaré de repetir. Ella, la primera y mas interesante de las islas tropicales por su importancia, por su territorio, por su posicion, por sus recursos, por el porvenir que la aguarda, ¿cómo ha de asimilarse á las demás, ni copiar servilmente el ejemplo que en su agonía le están dando esas otras colonias, que se agitan en estériles esfuerzos por procrastinar una agricultura que tiene sus dias contados, y cuyo porvenir social para nadie puede ser dudoso? ¿Se conformara Cuba con semejante perspectiva, ella que tiene ya riquezas, que tiene ilustracion, que posee todos los elementos necesarios para fundar una agricultura, que asegure para nuestra raza y para nuestra civilizacion la posesion indefinida de su feracísimo y envidiable territorio?

Esa agricultura no puede ser la que hoy prevalece, porque esta se compone de elementos y condiciones que inevitablemente conducen á la devastacion sistemática de toda la superficie del país, y á la continuacion del trabajo de razas estrañas, que momentáneamente pueden enriquecer una comarca, pero que ni la pueblan, ni la civilizan, ni la consolidan, y que al fin y al cabo la entregan á la esterilidad ó á la barbarie.

Hay una ley providencial que exije la comunion intima del hombre con la naturaleza, y, si se mo permite la espresion, la fecundacion constante de la tierra por el espíritu y la inteligencia, por el amor y por el trabajo, que son los que pueden convertirla en instrumento de produccion perenne y de ventura, en agente de moralizacion y de progreso para las sociedades. Una raza que abandona á otras razas el cultivo de su territorio, se despoja por eso mismo de toda legitimidad de posesion, de todo derecho y arraigo á la perpetuidad, sin los que la vida de los pueblos es un accidente transitorio en la historia de la humanidad. Parece ser que así es como se venga la naturaleza de los que la ultrajan, entregándola al brazo forzado ó mercenario de estrañas gentes.

Hasta otra ocasion queda de V. aflmo.

CARTA V.

DE QUÉ MANERA PODRIA MODIFICARSE LA ORGANIZACION DE LA AGRICULTURA TROPICAL PARA ADAPTARSE AL TRABAJO DE LA RAZA BLANCA.

Paris 12 *de junio de* 1858.

Mi estimado amigo: No basta decir en qué peca nuestra agricultura, y por qué se opone allí al trabajo y desarrollo de la poblacion blanca, si no se demuestra al mismo tiempo, que esa agricultura es susceptible de modificarse y de adaptarse á todas las exigencias que reclama el fomento de nuestra raza. En esta parte de mi trabajo debo contraerme á consideraciones generales, evitando pormenores técnicos, y refiriéndome, para nociones mas completas, á los numerosos artículos que sobre la agricultura de ese país llevo ya escritos y publicados. Todos ellos han tenido por objeto la trasformacion de nuestro sistema rural, y su adaptación al trabajo y aprovechamiento por la raza blanca.

La caña de azúcar la suelen sembrar y cosechar los labradores blancos, de la misma manera que cultivan y cosechan otros frutos de los paises cálidos. Nada hay en esa granjería que demande grandes esfuerzos corporales, instrumentos desusados, ni tampoco desembolsos estraordinarios. Todo en ella se presta al pequeño cultivo, lo mismo que á la pequeña propiedad. La siembra del tabaco, que de comun acuerdo se supone propia de la raza blanca y pobre, exige acaso mayor capital, mas inteligencia, mayor suma de fatigas y de desvelos constantes que el cultivo de la caña. La cosecha de esta es mucho mas segura, como que está

mas exenta de enemigos y de peligros, que la del tabaco y otras plantas de nuestro país. Su rendimiento pecuniario en un quinquenio sobrepuja al de cualquier otro fruto tropical, sin tener en cuenta mas que el precio á que pudiera pagarla hoy un injenio bien montado. Las pocas labores que requiere el terreno, despues de sembrada y de cosechada la caña, dejan al labrador mucho tiempo disponible para otras granjerias y aprovechamientos. Todo en ella convida y llama al trabajo del hombre blanco.

Y sin embargo, en ninguna parte, si no es en las inmediaciones de las ciudades, donde se consume la caña directamente como fruta, se la ve formar parte de la especulacion de los labradores pobres. La razon es obvia: faltan compradores para una de las materias primas cuya trasformacion es la base de una de las industrias mas remuneradoras, y alimenta una gran parte del comercio del mundo. Si la caña se pudiese esportar, como se esporta el azúcar, la lana y el algodon, la demanda de ella habria poblado de europeos todos los países tropicales, y jamás habriamos visto surjir la enojosa cuestion del surtido de brazos. Pero no lo quiso asi nuestra mala estrella, ó por mejor decir, el atraso económico é industrial en que todavia estamos sumidos, se ha opuesto hasta ahora á la solucion de uno de los problemas de mayor importancia para la agricultura de los trópicos, y para la industria y el comercio en general. Como poco ménos que loco me han considerado los que me oyeron aseverar, que el sistema de Chollet, aplicado á la desecacion y compresion de la caña de azúcar, era ya un principio de realizacion de ese gran *desideratum*. A esos tales yo los emplazo ante el fallo de no muy remota época.

Entretanto, á lo mas á lo que podriamos aspirar hoy seria, á que el labrador tuviese un mercado interior donde espender la caña para la fabricacion de azúcar. En ese caso toda nuestra agricultura sufriria una fundamental modificacion, cuya mas inmediata consecuencia seria, la de derribar la mayor parte de las barreras que hasta ahora imposibilitaron el trabajo de nuestra raza en la produccion tropical. Y no porque yo crea, como pudiera alguno suponer, que sea mas hacedero contratar blancos para la siembra de cañas destinadas á la venta, que para convertirlas directamente en azúcar. Eso en nada cambiaria la organi-

zacion, la dureza y el descrédito del trabajo aplicado á nuestra agricultura, que son las verdaderas causas del mal que lamentamos. El cambio seria mas radical y profundo, en la hipótesis que venimos examinando, porque puesto el cultivo de la caña al alcance de todo el mundo, seria un llamamiento y la realizacion de la pequeña propiedad, hasta ahora escluida de la industria mas remuneradora de nuestra economía rural.

Supérfluo seria el demostrar, que todos los labradores pobres en Cuba se dedicarian con preferencia á la siembra de cañas, si tuviesen un mercado donde espenderla. Y no solo ellos, sino otros muchos que hoy están alejados de los campos, emplearian sus escasos capitales en la adquisicion ó arrendamiento de pequeños fundos, para emprender en ellos tan útil granjería. Como resultado inevitable de semejante órden de cosas, el labrador propietario que trabajase personalmente hallaria asalariados blancos, sus iguales, que no desdeñarian cooperar con él, mediante una suficiente remuneracion, en un régimen en que, sin menoscabo de su dignidad, tendrian siempre por delante la perspectiva de elevarse fácilmente á la posicion superior é independiente de arrendatarios ó de propietarios. Esta prevision se funda en la naturaleza misma de las cosas, y en los numerosos ejemplos que pudieran aducirse, de la pronta colaboracion del hombre blanco en todas aquellas faenas en que descubre un camino espedito de fortuna y de elevacion social. Un injenio es por su constitucion y magnitud la muerte de las aspiraciones del trabajador. Un sitio de labor realiza para él desde el primer dia todas las condiciones de un bienestar y de una propiedad que están á sus alcances. Comensal y casi miembro de la familia que lo emplea, muy pronto adquiere, en ese roce y en esa igualdad, el amor y la inteligencia del trabajo, al mismo tiempo que la perseverancia necesaria para contrarestar los efectos del clima, y el desaliento que acomete á los que nada esperan. Por otra parte, son mas variadas y atrayentes las faenas de un pequeño predio, destinado á diversas otras producciones, á la vez que á la de caña de azúcar. No se trabaja allí en cuadrilla y á la voz de mando de un mayoral ó sobrestante. La misma organizacion de estas fincas, permite suspender el trabajo cuando se hace demasiado penoso, ó sustituirlo con otro ; hay tambien allí *mas* campo para la inteligencia y la habilidad, para esa autonomía del trabajador

blanco, que es una de las exigencias de su superior naturaleza.

Con tales ventajas, con una remuneracion mas crecida, por ser entónces posible, no puede dudarse de que el trabajo rural, estimulado por el cultivo de la caña, atraeria todos los brazos desocupados, y aun brindaria incentivos á los que en pueblos y ciudades desempeñan faenas mas ingratas ó repugnantes á la raza blanca. Y como el ejemplo del bienestar es contagioso; como la perspectiva de la propiedad y de la independencia es una tentacion que siempre provoca los esfuerzos y la actividad del hombre blanco, ese reclutamiento de trabajadores, ó por mejor decir, esa afluencia espontánea hácia el trabajo de los campos, no se limitaria simplemente á los brazos disponibles en el pais, sino que llamaria los de fuera, los atraeria, determinaria una corriente de inmigracion, semejante á la que todos los años acrece la poblacion de los Estados Unidos, como que en ellos encuentra todo advenedizo la posible realizacion de sus ensueños de fortuna y de mejoramiento de condicion social. Ese es el gran secreto de la aplicacion de la raza blanca á toda suerte de trabajos; ese es el poderoso resorte que en nuestra patria hay que poner en juego, para convertir en raudal constante de trabajadores y de pobladores, la pobrísima corriente que allí se dirige ahora y retrocede ante el dique que le opone nuestra organizacion agrícola. La inmigracion es, y no la colonizacion, la que puede resolver el problema del trabajo rural en los países tropicales; pero con el sistema vigente de agricultura no es posible la inmigracion, por mucho que se le brinden facilidades y franquicias especiales. ¿De qué sirven tierras mercedadas ó exenciones temporales de tributos, de qué valen otras ponderadas ventajas, si el trabajo constante y la pobreza, cuando no la miseria, han de seguir siendo el único patrimonio de la pequeña agricultura? Véase la condicion actual dê los pegujaleros en Cuba, por ejemplo, y dígase despues, si ella es capaz de tentar la ambicion de los que buscan la fortuna en la espatriacion. Y cuando el pequeño cultivo está en descrédito, despreciado ó abandonado por los mismos habitantes del país ¿cómo esperar que vengan los estraños á levantarlo de su abatimiento y postracion?

Otros y muy distintos serian el destino de nuestra patria y el ensanche de su poblacion, si adoptándose allí el fecundo prin-

cipio de la division del trabajo, se abriese un porvenir envidiable á la pequeña propiedad rural, reintegrándola en la posesion de un fruto que por su misma naturaleza le pertenece, y que nunca debió perder. La caña de azúcar absorbe hoy todas las fuerzas, todos los capitales, toda la importancia de la agricultura tropical. Asociada á la fabricacion de azúcar en la gran propiedad, esa industria se creó un sistema especial, que imposibilitando el trabajo de la raza blanca, y reduciendo á nulidad los demas cultivos menores, ahuyentó de los campos todo atractivo y todo llamamiento á la inmigracion. El dia en que la caña de azúcar se aclimate en la tierra del pobre, y reparta entre la raza blanca esa masa inmensa de salarios que directa ó indirectamente absorben las razas de color, ese dia quedará resuelta como por encanto la hasta ahora insoluble cuestion del trabajo y poblacion de los países tropicales. Entónces adquirirá vida é importancia la pequeña propiedad, habrá ocupacion lucrativa y atrayente para las poblaciones rurales indígenas, que son las que con su ejemplo y prosperidad pueden determinar la inmigracion voluntaria, única capaz de llenar de una manera fructuosa y continua las necesidades del trabajo y de la agricultura.

Yo bien sé que la parte que cabe á los gobiernos en esta obra de fomento y de atraccion de la poblacion blanca es de gran tamaño. La legislacion civil y económica de los pueblos tiene forzosamente que ponerse en consonancia con las demas medidas que se tomen, para favorecer ese movimiento de inmigracion en los países que están en via de crecimiento. Pero todas esas disposiciones, útiles y aun indispensables, que incumben á la autoridad, quedaran siempre estériles, si el trabajo rural continúa siendo por su organizacion una rémora á todo conato de aplicar las fuerzas y la inteligencia de la raza blanca á la produccion tropical. Antes que en los códigos, deben penetrar en la conciencia pública los principios que pueden hacer realizable el fomento de la poblacion blanca. Y en verdad que yo no veo qué otra cosa pueden hacer los gobiernos, cuando la opinion pública es la primera á engañarlos acerca de la inaptitud de la raza blanca para el desempeño de la agricultura tropical, si no es el darle carta blanca para que introduzca razas de color.

El verdadero patriotismo debe hoy consistir en elevar la pequeña propiedad á su legítima funcion, devolviéndole el riquisimo patrimonio del cultivo de la caña, y conservando para la industria y para el capital las no ménos remuneradoras funciones del laboreo y comercio del azúcar. Todos ganarán en el cambio, cultivadores y fabricantes; ganará el país en produccion y en estabilidad; ganarán la ilustracion y la moralidad, y veremos desaparecer, como por encanto, ese fantasma del clima, que hasta ahora paralizó las fuerzas mas inteligentes y productivas de nuestra raza y de nuestra civilizacion.

Queda de V. affmo.

CARTA VI.

CONTINUACION DEL ASUNTO TRATADO EN LA ANTERIOR CARTA.

Paris 18 *de junio de* 1858.

Mi estimado amigo: alguna estrañeza debe haber causado á los lectores de mi última carta, el que yo fundase tantas esperanzas de modificar toda la agricultura de Cuba, y de hacerla atractiva para el trabajador blanco, en la simple division de la industria azucarera en dos ramos distintos: el cultivo de la caña, y la fabricacion de azúcar. Necesito, pues, dar algunas esplicaciones, que aclarando y completando mi pensamiento, desvanezcan las dudas que acerca de estos particulares pudieran subsistir.

Bien que mal trabajan los blancos en Cuba en las labores del campo. Propietarios ó asalariados siembran maiz y otras plantas de nuestro repertorio agrícola, y se dedican con mayor especialidad al cultivo del tabaco. Pero, con muy contadas escepciones, su industria es asaz mezquina en sus resultados; en parte por la rutina de sus prácticas, pero principalmente por la inseguridad de esas cosechas, y por el escaso valor que generalmente obtienen en el mercado. La pobreza con todas sus consecuencias es comunmente el patrimonio de esta clase, que careciendo de estímulos, no despliega aquella laboriosidad y decision que suelen mostrar los estranjeros avecindados en el país. De esta suerte, y con los vicios trasmitidos de generacion en generacion, se ha formado una raza apática é indolente, que tiene en muy poca estima el pequeño cultivo, tal cual está hoy constituido. Pero dotada constitucionalmente de un gran fondo de ener-

gia, cuando obran sobre su voluntad los móviles convenientes, nada hay capaz de arredrarla si entreve esperanzas de lucro y de elevacion en la escala social. Muchos ejemplos pudieran citarse de esas escelentes disposiciones, sin salir de la esfera de la industria rural. Sitieros criollos conozco yo, y conoce todo el mundo, en las inmediaciones de las ciudades, que para toda clase de cultivos menores, y aun de la misma caña de azúcar, no reconocen superiores en ninguna otra raza ó nacionalidad.

En la situacion presente de la agricultura cubana, si la caña de azúcar viniera á dar vida y movimiento á la pequeña propiedad, por donde quiera despertaria esa energía latente, que solo demanda ocasiones de manifestarse en todo su poderío. Algunos millones de pesos podrian ganarse anualmente con la venta de caña á los molinos, si los hubiera allí con ese especial objeto, y esta circunstancia, unida á la facilidad para el cultivo y entretenimiento de los cañaverales, decidiria á todos los actuales sitieros á sembrarlos en mayor ó menor escala, avivando su ambicion con nuevos estímulos al esfuerzo y al trabajo. Cada vez que en Cuba obtiene un precio alzado alguno de los frutos del pequeño cultivo, la yuca, el ñame, los plátanos, al momento se dirijen á su aprovechamiento todas las fuerzas de la labranza pobre. Pero ni tales frutos pueden sostenerse en demanda por mucho tiempo, ni tampoco brindan por sus precios normales una suficiente remuneracion al trabajo de nuestros campesinos.

Muy otro seria el porvenir reservado á la caña de azúcar, en la hipótesis que venimos examinando. Constituyendo, como constituye, la base de la principal riqueza del país, su constante demanda está asegurada como objeto de primera necesidad, y su precio se mantendria siempre á un nivel capaz de remunerar y de atraer el trabajo del hombre blanco. Aquí venimos raciocinando con los simples datos que actualmente ofrece la industria azucarera. Mucho mas halagüeños pudieran suponerse estos, haciendo entrar en cuenta el mayor valor que alcanzaria la caña en un sistema, en que formando dos industrias separadas, el cultivo de esa graminea y la estraccion del azúcar, aquel pudiera producir la caña con mayoras ventajas, y esta pagarla mas caro y con mas subido provecho para el empresario.

Pero adviértase, que no se apoyan mis previsiones únicamente en la actual poblacion blanca de nuestros campos, y en las propiedades de que puede disponer. Ella seria la primera en dedicarse al cultivo de la caña, pero su ejemplo seria decisivo para atraer despues otros labradores y otras capacidades con distintos antecedentes, y con mayor inteligencia y decision para fecundar la pequeña propiedad rural, y para constituir progresivamente una verdadera agricultura en el país. El ciudadano convertido en labrador, sin rutina ni preocupaciones, y con mayor conocimiento de todos los secretos y necesidades de la industria, sabria imprimir una marcha mas entendida á los procedimientos rurales, y sacar mejor partido de nuestro terreno y de nuestras circunstancias especiales. El saber y los buenos métodos tomarian posesion de los campos de donde estuvieron hasta ahora desterrados. Afluiria despues la inmigracion estranjera; porque esta va siempre donde la llaman el lucro y el bienestar, y con ella se entronizarian las prácticas racionales, las buenas tradiciones del cultivo, simplificando todo el mecanismo de la produccion, ahorrando brazos y fatigas innecesarias, perpetuando la fertilidad y el rendimiento de las tierras por medio de la conveniente asociacion y rotacion de cosechas, y desterrando para siempre ese brutal consumo de fuerza muscular que distingue y peculiariza el sistema vigente.

Todas las consecuencias se eslabonan y se completan cuando una vez se está en posesion de un principio fecundo. A la pequeña propiedad, hoy pobre y rutinaria, le falta un estímulo que la levante de su postracion. La caña de azúcar llenaria cumplidamente esa necesidad. La pequeña propiedad estimulada se adaptaria al trabajo del hombre blanco, que fecundándola, la haria todavia mas remuneradora y atrayente para nuestra raza. En ese sistema el asalariado de hoy seria arrendatario mañana y propietario el dia despues. Nuevos propietarios llamarian á nuevos asalariados, que á su turno multiplicarian la pequeña propiedad, y de esta manera se modificarian todas las condiciones agrícolas y económicas que hoy incapacitan el trabajo y contienen el desarrollo de la poblacion blanca en nuestro país. La inmigracion realizaria en veinte y cinco años, lo que no han podido lograr tres siglos de perseverancia en un sistema funesto de agricultura.

Recuerdo haber dicho en alguna parte, que en Cuba no faltan trabajadores sino productos, y que así que haya productos habrá trabajadores, que irán ellos mismos á buscar y aumentar los productos. Esta aparente paradoja deja de serlo con aplicacion al trabajo del hombre blanco en nuestros climas. La constitucion de nuestra agricultura no produce lo bastante para remunerar y atraer la cooperacion de la raza blanca. En ese caso hay por fuerza que solicitar al trabajador. De ahí la necesidad de la importacion ó la contratacion de las razas de color. La division de la industria azucarera y el advenimiento de la pequeña propiedad, por el cultivo de la caña, no solo facilitan el trabajo del hombre blanco, sino que lo remuneran mejor y lo atraen. En este segundo caso el trabajador es el que solicita y busca el producto. De ahí la inmigracion, y con la inmigracion blanca el perfeccionamiento de la industria, acrecimiento del producto, aumento de todas las atracciones que llaman y fijan la poblacion blanca, y con ella todas sus utilísimas consecuencias. La colonizacion agrícola nada resuelve porque es un artificio; la inmigracion, como que es espontánea, porque solo obedece á móviles naturales del corazon humano, es la única que puede llenar cumplidamente las necesidades del trabajo y de la poblacion en los países que están en via de fomento.

Yo bien sé que á esta teoría de la atraccion é inmigracion del hombre blanco por la pequeña propiepad, se le puede oponer un reparo, basado sobre un hecho práctico que se observa en Cuba. El cultivo del tabaco, ni atrajo ni fomentó de una manera estraordinaria la poblacion blanca de nuestro país. A semejante objecion respondo: primero, que todos los desaciertos de la legislacion económica que pesó hasta muy entrado este siglo sobre la siembra, la cosecha y la venta del tabaco, cegaron desde muy temprano ese manantial fecundo de provechos y de atraccion para la poblacion blanca; segundo, que los gravámenes que aun hoy recaen en definitiva sobre el cosechero de esa hoja, por el monopolio ó por los crecidos derechos á su consumo impuestos por la mayor parte de los naciones, reducen esa granjería, con muy contadas escepciones, al mismo ínfimo nivel de las demás producciones menores de nuestro país; tercero, que la funesta facilidad que hasta ahora se tuvo para aplicar al cultivo del tabaco los mismos ajentes gratúitos, los mismos brazos que

sirvieron para el fomento de los injenios, fué causa tambien de descrédito para ese trabajo, y de estrañamiento para los asalariados blancos, que son los que mas tarde multiplican y fecundan la pequeña propiedad rural. A tales razones hay que agregar tambien la muy atendible, de que la comarca productora de la buena hoja ha estado, hasta hace poco, separada por caminos intransitables de la fácil comunicacion con la capital, originándose de aquí grandes costos y dificultades para el comercio del tabaco y el fomento de las vegas, y tambien la necesidad de ese enjambre de mercaderes intermediarios, que tienen comprimida la espansion y los creces de esa granjería. A pesar de todo, y de tener que combatir contra otros obtáculos de diverso órden, la poblacion blanca de esa region agrícola de Cuba se ha aumentado, mas que la de ninguna otra del pais, por la reproduccion natural y por la inmigracion. ¿Y cómo es posible dudar que así que esté vencida ó allanada la mayor parte de esos inconvenientes, allí tambien acudirá y florecerá con mayor auge el elemento de poblacion blanca?

Ni uno solo ó muy pequeña parte de esos obstáculos encontrarian hoy la pequeña propiedad y la poblacion blanca, si entrasen en posesion del cultivo de la caña. Por su importancia intrínseca, por la facilidad y seguridad de su cosecha, está hoy esa planta en primera línea entre los frutos tropicales. No exije region especial; medra perfectamente en todo el territorio de Cuba, y por el superior trabajo de la division de la industria, daria escelentes rendimientos, aun en las tierras ya abandonadas por el gran cultivo. Si bien sufre todavía mas crecidos derechos de lo que fuera menester, el azúcar no está impuesto ni sobrecargado en el estranjero en la misma proporcion que lo está el tabaco, resultando por consiguiente ménos gravada la materia prima que le sirve de base. Es verdad que la inmigracion blanca tendria que luchar por algun tiempo todavía contra la tentacion, que siempre subsistiria, de aplicar al cultivo por menor de la caña de azúcar, si no el trabajo de nuevas importaciones africanas, porque esto es imposible, á lo ménos las fuerzas mas baratas de la colonizacion asiática. Pero á esto puede responderse, que todo tiene su límite en este mundo, y que una vez prácticamente demostrada la suficiencia de la inmigracion blanca para ese cultivo, el gobierno se apresuraria en el interés de

todos á poner fin á una colonizacion espúrea, que hoy solo puede justificarse por el incesante clamoreo de una rutina ciega y ambiciosa (1).

La division ó separacion de la industria azucarera en dos granjerías distintas, no solo tendria por efecto el activar el desarrollo de la pequeña propiedad, mejorando en un todo las condiciones que pudieran hacerla atrayente para el trabajo y aumento de nuestra raza, sino que operaria una revolucion favorable en todos los elementos de la produccion y de la prosperidad del país. Figúranse algunos, que los que preconizamos ese nuevo sistema, solo tenemos en vista una reforma provechosa para determinadas clases, y que por eso mismo se disminuirian la importancia y los lucros que hasta ahora pertenecieron esclusivamente á los grandes propietarios y capitalistas. Semejantes recelos solo pueden proceder de una completa ignorancia de todas las condiciones en que se desarrollan y florecen la industria y la produccion. Donde quiera que se introdujo el fecundo principio de la division del trabajo, viéronse siempre adquirir mayor ensanche y desenvolvimiento todos y cada uno de los elementos que concurren en la formacion de la riqueza. Y si algunas clases sociales quedaron perjudicadas en esa nueva organizacion, no fué por cierto la que tiene en sus manos los capitales y la industria fabril, ni ménos aun, la que tiene por mision la de modificar ó trasformar las materias primas de la agricultura. ¿Qué otra cosa es el socialismo que de algunos años á esta parte ha conmovido la Europa, sino una protesta contra las desigualdades que se originan en la preponderancia de que disfrutan el capital sobre el trabajo, la *industria* sobre la *agricultura*? Sin salir de la esfera de la produccion azucarera en este continente ¿de qué lado se inclinó la balanza de la riqueza y de la consideracion social? ¿No son los fabricantes y los refinadores de azúcar los que ocupan siempre lo alto de la escala? ¿No son ellos los que disponen de mayores fortunas y de mayor influencia política y social?

(1) Una de las primeras medidas tomadas en Cuba por su nuevo Capitan General, D. Francisco Serrano, ha sido la supresion de la colonizacion asiática. Por ello deben felicitarle y felicitar al pais, los que deploraban ese nuevo elemento de perturbacion introducido en el pais con el objeto de satisfacer la demanda de *trabajadores agrícolas*.—(1860)

En nuestra tierra de Cuba, las mismas ó mayores ventajas quedarian aseguradas para los que, teniendo la eleccion entre el cultivo de la caña y la fabricacion del azúcar, optaren por esta última. La posicion del hacendado azucarero, en el sistema de indivision que ahora rije, es seguramente halagüeña, pero faltan los términos de comparacion. Tiene aquel importancia y riqueza donde ningun otro la tiene. Mañana tendria ambas cosas de una manera comparativa, y si hoy posee esclavos, mañana tendrla inferiores, que es lo que mas puede halagar ese deseo innato de distincion que aqueja á la mayor parte de los hombres.

Si solo queremos considerar el efecto material de la division porque venimos abogando, es claro, que léjos de perder ó de estacionarse, ganarian mucho los que teniendo ya los capitales y la esperiencia necesaria en la elaboracion del azúcar, á ella dedicasen esclusivamente todo su tiempo y sus facultades. Esto no hay que probarlo sino simplemente decirlo, como basta enunciar que la línea recta es la menor distancia entre dos puntos. La fabricacion actual pierde cerca de una mitad de la riqueza sacarina que puede estraerse de la caña, y esto por causa de la imperfeccion de sus métodos, combinada con las complicaciones del sistema misto de agricultura é industria. Mas de un millon de cajas de azúcar se sacrifica en Cuba todos los años al mantenimiento de una asociacion absurda, pues que sin ella, la industria fabril habria encontrado tiempo suficiente y capital para perfeccionar todas sus manipulaciones, y para evitar esa pérdida inmensa de un don gratúito de la naturaleza. La fabricacion del azúcar de remolacha, aunque operando sobre una materia mas pobre en mitad que la caña, ha sobrepujado en rendimiento á la fabricacion colonial, solo porque se mantuvo aislada é independiente de las exigencias del cultivo.

Habiendo, pues, un campo inmenso de reformas y de aprovechamientos para la industria fabril del azúcar, como lo hay para el cultivo de la caña, si uno y otra se separan de su actual infecundo maridaje, resultará como consecuencia, que ambos por sus superiores resultados se desenvolverán y completarán mútuamente, y que para todas las clases de la sociedad surjirá una nueva era de prosperidad, que influirá poderosamente en la solucion del problema que venimos examinando en estos escritos.

¿Quién puede prever hasta donde alcanzarán los efectos económicos y sociales de esa modificacion tan importante, ni decir *á priori*, toda la parte que puede tener en allanar cualesquiera otros obstáculos que ahora contengan el desarrollo de nuestra agricultura, y con ella el fomento y la atraccion de la raza blanca en nuestro país?

Pero yo no debo detenerme por mas tiempo en esta parte de mi tarea, y aplazo para otro dia el exámen de otras objeciones que todavía podrian hacerse á la teoría del trabajo y poblacion de los países tropicales.

Hasta entónces queda de V. como siempre afectísimo amigo.

CARTA VII.

DE QUÉ MODO PUEDE LLEVARSE A CABO LA DIVISION DE LA INDUSTRIA AZUCARERA EN DOS INDUSTRIAS DISTINTAS É INDEPENDIENTES.

Paris 20 de junio de 1858.

Mi estimado amigo: Por una serie de deducciones lógicas hemos venido á concluir, que la division de la industria azucarera en nuestra patria infundiria vida y animacion á la pequeña propiedad rural, y que con el fomento de esta desapareceria la mayor parte de los obstáculos que allí se oponen al trabajo, á la inmigracion y al aumento de la raza blanca.

Pero queda otra cuestion por resolver y es, la de saber si esa ponderada division del trabajo no es el sueño de algunos visionarios, una utopia que acarician algunos espíritus descontentadizos, siempre prontos á criticar y á querer reformar lo que tiene su razon de ser, y su fundamento en las leyes ineludibles de las cosas.

Desde que imaginé escribir estas cartas, hice el firme propósito de no rehuir ninguna dificultad, de examinar y discutir todos los reparos, y de hacer todas las concesiones compatibles con la verdad de los hechos, pareciéndome que solo así pudiera producirse el convencimiento tan necesario para realizar el bien. Pues bien, así como he aceptado la inaptitud del hombre blanco para poder funcionar útilmente en la organizacion actual del trabajo agrícola de los trópicos, del mismo modo me parece que debe considerarse, como una quimera, la pretension de dividir y de separar lo que nació y creció unido y ayuntado en nuestro sistema, como lo están y estuvieron los mellizos de Siam, si es que ya pasaron, como lo creo, á mejor vida. La siembra de cañas y la fabricacion de azúcar constituyen hoy una sola y única industria, porque así fué como se concibió esta y se ejecutó des-

de un principio; porque despues creció en ese estado y adquirió fuerzas y desarrollo; porque con esa union se ha formado un cuerpo de prácticas, de doctrinas, hábitos, intereses y exigencias, tan necesario á la continuacion del sistema, como lo es al cuerpo humano el combinado juego de todos sus diversos órganos. Pretender enderezar ó rectificar lo que, por una razon ó por otra, se crió y consolidó jorobado ó torcido, equivale á querer enderezar hoy la torre inclinada de Pisa. Separar en nuestros injenios el cultivo y la elaboracion, valdria tanto como suprimir la union que solidariza y nutre los órganos de una misma vida.

Lo que con esto pretendo espresar es, que militan en contra razones muy poderosas para que sea posible trasformar de un modo directo y súbito la actual industria azucarera en dos industrias distintas, y que por consiguiente, todos los ensayos que en ese sentido se intentaren, adolecerán de un vicio radical que comprometerá siempre los resultados.

El actual sistema no es de aquellos que se prestan á una modificacion de tanta trascendencia; los injenios existentes no son susceptibles de trasformarse y de convertirse á un nuevo régimen, tan diferente en sus principios y en sus exigencias. Las actuales propiedades rurales, los intereses y los hábitos creados bajo el sistema que rije, opondrian al cambio una resistencia tanto mas tenaz, cuanto mas fundada seria en las condiciones de vida que los rodean y en las necesidades de todo su pasado. Los reformadores que no tengan en cuenta estas forzosas exigencias, se espondrán siempre á ver tratados de delirios sus mejores proyectos ó intenciones.

¿Quiere decir esto, que en Cuba y en los demás paises tropicales sea ilusorio todo conato de plantear un mejor órden de cosas? Por su naturaleza misma ¿es acaso imposible que existan separadas é independientes las dos industrias que hoy forman un solo cuerpo en la produccion azucarera? ¿Estamos condenados á ver perpetuarse indefinidamente las condiciones que incapacitan y alejan de esos paises el trabajo y la poblacion de la raza blanca? Si tales fuesen las inexorables necesidades del caso, no habria mas que sellar nuestros labios para siempre, ó solo abrirlos y deplorar para nuestra patria y nuestra civilizacion un destino tan adverso como irremediable.

Pero no, el mal tiene su correctivo. La industria azucarera no

es indivisible por su naturaleza, y el daño que no puede atacarse directamente, ni contando con los actuales medios y sistemas, es susceptible de estirparse á favor de otros métodos indirectos, pero no por eso ménos seguros y eficaces.

Intrínsecamente la industria azucarera de los trópicos no es indivisible. Para que así fuese, seria necesario que hubiese en ella alguna peculiaridad que la distinguiese de otras muchas industrias, que encomiendan á la agricultura la produccion de las materias primas de que han menester, y se reservan esclusivamente la tarea de modificarlas y trasformarlas para llenar las necesidades del consumo.

Entre otras producciones agrícolas nombraremos el trigo, que lo cosechan los unos y lo muelen los otros, para entregarlo luego al comercio; la aceituna, que se estruja y convierte en aceite por aquellos que ni la sembraron ni la cosecharon; el lino, la lana, el algodon, que se hilan, se tejen y se trasforman por manos distintas de aquellas que los produjeron. Y sin salir de nuestro propio país ¿no tenemos el tabaco, que se cultiva por unos y se elabora por otros; no tenemos la yuca, que se compra en los campos para beneficiarla en los trenes de cazabe y de almidon? Y si por acaso se quisiese invocar la alterabilidad de la caña, despues de cortada, para justificar la union y solidaridad de su cultivo con la fabricacion de azúcar ¿no vemos aquí en Europa, que tambien se altera la remolacha despues de cosechada, que su jugo se descompone con mayor facilidad aun que el de la caña, y que estas desventajas no estorban para que la fabricacion de su azúcar sea un ramo aparte é independiente del cultivo de aquella raiz?

Quizás se objete que la magnitud de los capitales interesados en un injenio, y la necesidad de una gran fabricacion no permiten esa separacion, por cuanto que no deben esponerse sus dueños á los riesgos é incertidumbre del surtido de la caña. Contra semejante reparo pueden oponerse argumentos de mucho peso en el órden lógico é industrial, pero uno hay en la esfera de los hechos que es concluyente en el particular.

Los 1,500 ingenios que existen hoy en Cuba, no fabrican por término medio mas de 20,000 arrobas de azúcar cada uno, mientras que las 200 fábricas de azúcar de remolacha que hay en Francia elaboran cerca de 30,000 arrobas anuales cada una. La

necesidad de una gran fabricacion puede, pues, satisfacerse lo mismo en el régimen de division que en el régimen misto, y en cuanto á la importancia de los capitales que hoy absorbe un injenio, no se debe olvidar que quedaria reducida en mas de tres cuartas partes, con el solo hecho de concretarse esa industria á la sola granjería de la elaboracion del fruto. Precisamente porque á semejanza del cultivo de la caña, así tambien se pondria al alcance de un número mayor de especuladores la fabricacion de azúcar; precisamente por esa circunstancia digo, que en el régimen de division ni faltarian trenes para la elaboracion de azúcar, ni tampoco el conveniente surtido de cañas para mantenerlos en prosperidad. La mayor de las dificultades con que suele tropezar una idea nueva, como la que nos ocupa, es la de acallar reparos que solo se fundan en la persistencia de unas condiciones, que necesariamente han de variar si la innovacion se realiza.

Cada vez que en Cuba se ha proyectado la separacion de la industria azucarera, hemos visto surgir la misma oposicion y repetirse los mismos argumentos, basados en un órden de cosas que será muy distinto cuando esa division se lleve á efecto. Entónces habrá cañaverales para todos los trapiches, así como tambien habrá trapiches para todos los cañaverales, y en la multiplicacion indefinida de unos y de otros, como consecuencia de la division, es en dónde deben fundarse las mas halagüeñas esperanzas de una reforma completa de todo el sistema.

Pero ya lo he dicho: la division no podrá llevarse á cabo de la manera que hasta aquí se ha propuesto, ni contando para nada con la posibilidad de trasformar los injenios actuales. Ese es el error contra el que se han estrellado todos nuestros innovadores, y cuyo conocimiento debe inducirnos á cambiar de rumbo en la proyectada reforma. Se ha querido modificar, conservando la mayor parte de las condiciones en que hoy obra esa industria, y estas son precisamente las que imposibilitan el cambio ó lo harian fracasar. Todos esos proyectos de colonizacion blanca, de injenios servidos por blancos, de repartos de tierras entre familias blancas, con el objeto de comprarles la caña que cultiven, y otros que ahora no recuerdo, tienen por punto de partida la mútua dependencia del cultivo y de la elaboracion dentro de cada finca. Esos y otros artificios análogos son de todo

punto impotentes á contrarestar los vicios esenciales de un sistema, que peca contra las leyes naturales de la demanda y del surtido, oponiéndose á la libre concurrencia que es el alma de la produccion. Necesariamente se sacrifica de esa manera el cultivo á la fabricacion, ó la fabricacion al cultivo.

Ni uno ni otro se encuentran entónces en las condiciones en que pueden medrar y fructificar con ventaja, valiendo ménos acaso esa separacion incompleta, que la forzosa asociacion y dependencia que caracterizan el sistema vijente. Y como nuestra produccion azucarera tiene demasiada importancia é intereses muy considerables comprometidos en su continuacion, no es hacedero, ni acaso deseable, que se lance á tentar ensayos de muy dudoso, si no imposible éxito. Monstruoso y todo como es nuestro sistema actual, tiene una vida propia y real que peligraria con toda innovacion. Tocarlo es matarlo: hay que dejarlo vivir miéntras pueda, con todos sus vicios é imperfecciones, y los que me han supuesto animado de un sentimiento de hostilidad sistemático contra nuestra principal industria, se desengañarán ahora de que mi respeto hácia ella llega hasta el punto de proclamarla necesaria é inviolable.

La division del trabajo de la produccion en Cuba, que considero como la piedra angular de toda mejora, tiene que nacer de toda pieza de una nueva concepcion, y con entera independencia de lo que hay establecido. Como la suya ha de ser una vida enteramente nueva, bajo el aspecto de la espontaneidad, de la libertad y de la atraccion de todos los elementos del trabajo, no es posible que tenga nada de comun y de solidario con lo que ahora existe. A veces se me figura que para su realizacion se necesita una nueva generacion de hombres, ó á lo ménos, el olvido mas completo de todo aquello á que estamos acostumbrados. Y sin embargo, nada hay en ese pensamiento que sea forzado, ni artificial, nada que no sea fácilmente realizable, y que deje de adaptarse á todas las condiciones agrícolas ó industriales que nos rodean. Acaso sea su misma sencillez un óbice, para que encuentre acogida entre los que no conceden grandes resultados mas que á los ajentes complejos é intrincados.

Pero ya es tarde hoy para esponer mis ideas acerca de este particular, y reservándolas para mi próxima carta concluyo esta, repitiéndome de V. siempre afmo. amigo.

CARTA VIII.

LOS PEQUEÑOS APARATOS DE FABRICAR AZUCAR SÓN LOS QUE PUEDEN REALIZAR LA DIVISION DE LA INDUSTRIA AZUCARERA.

Paris 30 *de junio de* 1858.

Mi estimado amigo: En mi precedente carta he dicho que no deben fundarse esperanzas de pasar directamente de la industria mista que hoy prevalece en nuestros injenios, á un régimen de division, que constituyendo dos ramos distintos en la produccion de azúcar, resolveria el problema del trabajo y de la poblacion blanca en nuestro país. No es así, en efecto, como nos muestra la historia que se sustituyen unos á otros los hábitos, las creencias y las civilizaciones.

En el terreno de la industria es acaso mas imposible todavía esa transicion directa, y á mí se me figura que aun hoy estaríamos sin caminos de hierro, si los innovadores hubieran pretendido establecerlos sobre las antiguas vias de comunicacion. Fuéles preciso improvisar todo de nuevo, crear *ex professo* todas las partes del sistema, sin contar para nada con lo que entónces existia, como que nada en lo antiguo era aplicable á la reforma, ni conciliable con las exigencias de los nuevos caminos.

Tres siglos de tradiciones, de prácticas y de intereses arraigados en nuestros injenios, hacen en estremo difícil, si no imposible, su trasformacion, y esto esplica suficientemente por qué fallaron cuantas tentativas se hicieron a ese fin encaminadas. En lugar de trasformar, el problema debe consistir en crear por completo, y bajo un plan diferente, todos los órganos de la produccion reformada, dejando que la actual industria se estinga de muerte natural, ó sea absorbida en la espansion de un régi-

men mas perfecto y mas remunerador. El camino indirecto es aquí el mas seguro y el mas corto. Veamos ahora cómo debe procederse para lograr ese importante resultado.

Bien ó mal esplotada, existe en Cuba la pequeña propiedad rural; y como la pequeña propiedad y el pequeño cultivo son los que pueden resolver el problema que nos ocupa, ellos son tambien los primeros auxiliares que deberemos invocar para plantear el nuevo régimen. En casi todos los proyectos de division de nuestra industria que hasta ahora se presentaron, hemos vistó complicarse el asunto con la añadidura de importar colonos, y de distribuirles tierras y socorros para constituir la parte agrícola de la reforma. Esta necesidad, que por una parte no concuerda con las ideas que he manifestado acerca del modo que debe seguirse para atraer y fijar la inmigracion blanca en Cuba; que tambien es un óbice para que se establezca el sistema de libertad y de concurrencia entre el labrador y el fabricante, que considero ser el alma de la nueva organizacion; esa necesidad, repito, y esa complicacion, origen son tambien de dificultades y de gastos, que deben alejarse en lo posible de todo plan de innovacion como el que ahora nos ocupa. Puesto que existe la pequeña propiedad, y con ella los brazos mas necesarios y útiles para nuestro intento; puesto que esa pequeña propiedad, para funcionar convenientemente, solo carece, segun lo hemos visto, del estímulo que encontraria en un mercado asegurado para la caña de azúcar, la mitad, y acaso la mas importante parte y mas costosa de nuestra tarea quedaria suprimida, con despojar al proyecto de esa onerosa superfetacion, encomendando directamente al pequeño cultivo existente la funcion de surtir de la materia prima los trenes ó aparatos de fabricacion que, como lo voy á decir, deberán fundarse en los centros mas poblados de nuestros campos. En una palabra, los ensayos y mas tarde los ejemplos que hay que llevar á cabo, solo necesitan ceñirse á la parte puramente fabril, dejando á cargo del interés privado y de la libre oferta toda la parte referente á la siembra y cosecha de la caña. De este modo, no solo serian mucho mas sencillas, ménos costosas, y mas realizables esas demostraciones, sino que dejarian de una vez y completamente resuelto el problema. ¿Qué importa, en efecto, que mañana se plantee un injenio en que estén separadas las dos industrias que lo constituyen, si todo en

él es artificial y forzado, si no brinda ninguna de las condiciones de libre concurrencia y de atraccion, que hemos probado ser necesarias para que se funde y se generalice el nuevo órden de cosas? La simple separacion de las dos industrias no supone la independencia, en el sentido en que la juzgo indispensable para promover el pequeño cultivo y la pequeña propiedad, y con ellos el trabajo y el fomento de la raza blanca. Tal combinacion pudiera existir, que con ella se realizase la division en un caso dado; pero como no debemos aspirar á esto solo, sino á una reforma general que abrace y facilite todos los grandes objetos que hemos examinado en estos escritos, semejante ejemplo seria de todo punto estéril é insignificante.

Establézcanse, pues, algunos aparatos de fabricar azúcar en los puntos en que predomine la poblacion blanca rural; ábranse mercados para la caña de azúcar en distintos lugares y comarcas; convídese al trabajo y á la fortuna á esa masa inmensa de labradores y fabricantes, para que aquellos se aumenten, y que estos se multipliquen y estiendan por toda la Isla; y de esa manera y al mismo tiempo quedará simplificada la demostracion, realizado el ejemplo, patente el atractivo, provocada la imitacion, ó instalados de una vez y funcionando todos los elementos de ese gran problema, que hasta ahora pareció insoluble, porque se ha querido resolverlo fuera de sus condiciones legítimas, y complicándolo con las inconciliables exigencias de otro órden de cosas muy distinto.

Muy desacertado habré andado en la esposicion y demostracion de mis ideas en todas las cartas que preceden, si no aparece ahora de manifiesto que el método que propongo llena todas las condiciones en que puede realizarse la division de la industria azucarera, y con ella, todas las importantísimas consecuencias que le he atribuido. Trasformar directamente nuestros ingenios, hemos visto que es un imposible; operar esa division por medio de otras combinaciones, mas ó ménos artificiales, en que se mantenga la antigua dependencia, si no la necesaria sobordinacion de la una ó de la otra industria, es fundar sobre arena movediza. El solo sistema lójico, racional y seguro es aquel que procediendo sobre bases enteramente nuevas, procure á cada uno de los elementos constitutivos de la industria reformada su mas espedito y desembarazado juego, provocando al mismo tiempo la espon-

tánea y libre concurrencia de fabricantes y de labradores, y aumentando los estímulos y la atraccion, para que unos y otros impriman el mayor y mas apropiado desarrollo á sus especulaciones respectivas.

Para lograr esto propongo que se emplece con algunos ejemplos, á poca costa realizables, y aprovechando la cooperacion que están brindando el pequeño cultivo y la pequeña propiedad, ansiosos como están de trocar su precaria posicion actual por otra de mas seguros y permanentes beneficios. Se sobrarán desde el primer dia los productores de caña, si encuentran un mercado donde espenderlas, y eso allí mismo donde ahora están establecidos, y en las mismas condiciones en que deberán subsistir en el futuro régimen de la industria azucarera.

Parece increible que no se haya echado de ver hasta ahora, que esa parte, y la mas importante de la cuestion que nos ocupa, está resuelta por sí desde que se lleve á efecto la otra, esto es, aquella que tiene por objeto instituir mercados para la caña con el planteamiento de los trenes de fabricacion. Esta última parte es la única que debe preocuparnos, como que una vez realizada, la otra seguirá como su consecuencia inevitable. El ejemplo se lo debemos ofrecer á los fabricantes de azúcar, porque donde quiera que estos se establezcan entre las poblaciones rurales, allí tambien encontrarán el necesario surtido de la materia prima. No conoce á Cuba ni las necesidades de la raza blanca que puebla sus campos, el que ponga en duda la prontá y espontánea colaboracion de la pequeña industria agrícola, allí donde se establezca la industria del azúcar.

Simplificado de esta suerte el problema, admite todavía una nueva reduccion. No se trata, en efecto, de que vayan por lo pronto á tentar suerte en los campos los grandes y costosos aparatos de fabricar azúcar, que solo pueden funcionar con ventaja allí donde la industria ha nacido y se ha desarollado bajo el sistema de division, como sucede con el azúcar de remolacha, ó donde están unidos y solidarios el cultivo y la elaboracion, como acontece con el azúcar de caña. Esa fabricacion en grande escala, y por los sistemas mas complicados y perfectos, será tal vez la que al fin y al cabo predominará tambien en Cuba, cuando allí prevalezca el régimen de division, si ántes no resulta demostrada la conveniencia de esportar todo nuestro azúcar al estado

bruto ó mascabado; pero digo que ni es necesario, ni conveniente, iniciar el sistema de transicion del uno al otro sistema por esos medios tan dispendiosos de fabricacion. Y en efecto, la vulgarizacion y estension de la industria fabril, que necesitamos para estímulo y fomento del pequeño cultivo, no se lograrian alejando de ella á los pequeños capitalistas, como seria el caso, si fueran indispensables muy crecidos desembolsos para establecer los trenes de elaborar el azúcar. Lugares hay en Cuba — y esto sucede á las inmediaciones de las grandes ciudades — donde tendría cuenta instalar desde luego injenios ó trapiches centrales capaces de elaborar y depurar grandes cantidades de azúcar; pero esas son escepciones en el estenso campo en donde es urgente atraer y fundar el nuevo sistema, poniendo la fabricacion al alcance de fortunas mas modestas.

A estas, mas particularmente, deberian ir enderezados los ejemplos, reduciendo á su mas simple espresion los aparatos necesarios para estraer y elaborar el jugo de la caña, y para dar al producto su primera forma venal, sea de raspadura ó de azúcar bruto. Actualmente estoy viendo aquí en Francia — y sucede otro tanto en Alemania — la marcada tendencia que existe á crear la pequeña industria fabril de azúcar y de aguardientes, por medio de aparatos sencillos y poco costosos que desempeñen las primeras operaciones, dejando para los grandes industriales y para los mecanismos complicados, las manipulaciones posteriores de depuracion y refino de azúcar y de rectificacion de los aguardientes. Los alambiques ó *destilerías agrícolas*, como aquí se les llama, se han propagado ya en mucha parte de Europa, y es bien sabido que están ganando terreno en Alemania los pequeños trenes destinados á preparar el melado de remolacha, que se vende directamente para el consumo ó á las fábricas de azúcar.

Algo semejante es lo que yo considero que debiera hacerse en Cuba para iniciar el régimen de division de la industria azucarera, creándose una industria intermedia entre los sembradores de cañas, y los fabricantes por mayor y refinadores de azúcar. Esos grandes injenios centrales que se han propuesto y realizado en algunas colonias estranjeras, pecan, á mi entender, contra ese principio que vengo recomendando de *democratizacion* de la industria, como el único que puede fundar en los trópicos

un órden de cosas favorable al trabajo y al aumento de la raza blanca. No es solamente el cultivo por menor de la caña lo que debemos fomentar; ó por mejor decir, este fomento no podrá lograrse cumplidamente, sino á condicion que se aumente y se generalice la elaboracion de azúcar, haciéndola asequible á las medianas capacidades y fortunas. Mi conviccion mas íntima, manifestada ya repetidas veces, es que á Cuba lo que mas cuenta le tendria seria el poder esportar la caña en lugar del azúcar; pero miéntras esto sucede — y yo creo que sucederá algun dia — lo que mas debe procurarse es el dar al azúcar aquella forma venal que necesite ménos preparaciones manufactureras. Esto puede conseguirse con aparatos muy poco complicados y costosos, que ya existen, y que se habrian perfeccionado y simplificado mas todavía, si la industria hubiera entrado en esa nueva via.

De todos modos, y sea cual fuere la organizacion definitiva que con el tiempo prevalezca en la produccion y venta de nuestros azúcares, por lo pronto seria mas conveniente y mas hacedero el emprender los ensayos de la division de esa industria, adoptándose el pensamiento de plantear para ejemplo, en diversos lugares del pais, esos pequeños trenes destinados á la fabricacion de azúcar bruto. Miéntras mas se multipliquen esos ensayos y esos ejemplos, y se adapten á las diversas comarcas y condiciones agrícolas de la Isla, mayores probabilidades habrá de llenar todas las exigencias del problema, y de resolverlo con toda la copia de datos que es necesaria para promover y generalizar la division de nuestra industria azucarera.

Suspendo aquí, para continuar en mi próxima la discusion de tan importante materia, quedando entretanto de Vd. afectísimo amigo.

CARTA IX.

AL GOBIERNO, A LA JUNTA DE FOMENTO, A LA SOCIEDAD ECONOMICA, Y EN SU DEFECTO, AL PATRIOTISMO CUBANO INCUMBEN LOS ENSAYOS PROPUESTOS EN ESTOS ESCRITOS.

Paris 6 *de julio de* 1858.

Mi estimado amigo: en mi anterior carta, despues de haber manifestado de qué manera se simplificarian y facilitarian los ensayos y los ejemplos, que deben preceder á la division de nuestra industria azucarera, concluí recomendando la instalacion, en diversos puntos del pais, de pequeños trenes ó de pequeños injenios puramente industriales, como pudieran llamarse, considerándolos como los mas convenientes y hacederos para propagar y generalizar la imitacion de ese nuevo sistema en todo el pais. Cuando pienso en el tiempo y en los caudales, que inútilmente se han empleado en Cuba y en otras colonias para promover esa division y fomentar la poblacion blanca, se me antoja que habria bastado una décima parte de ese tiempo y de ese dinero, si los reformadores se hubiesen hecho cargo del problema en lo que tenia de esencial é inevitable, y hubiesen tratado de resolverlo por los medios mas sencillos y naturales, dando el ejemplo al pequeño cultivo y á las medianas fortunas, que son los únicos que pueden determinar el aflujo y aumento de la raza blanca en los paises tropicales.

Se ha pretendido dividir la industria, conservándole á una parte de ella ese carácter grandioso y feudal, que aleja las módicas fortunas, é imposibilita la multiplicacion y libre concurrencia de los fabricantes de azúcar, sin las que tampoco medrarian ni se aumentarian los pequeños labradores, quedando estos siempre á merced de los grandes capitalistas. Este mal que hoy

se toca en la organizacion de la industria sacarina europea; que tambien se reproduce en algunas posesiones inglesas del Asia, donde existe una especie de separacion entre sembradores de cañas y fabricantes de azúcar, seria todavía mas funesto para Cuba, porque no solo pondria coto al fomento del pequeño cultivo, sino que mantendria la preponderancia del sistema misto que hoy rije, y del trabajo por las razas de color. Lo que importa, lo que es esencial, lo que es inevitable, si queremos adaptar la agricultura de los trópicos al trabajo y ensanche de la raza blanca, es promover al mismo tiempo la propiedad rural y la propiedad industrial.

Los grandes injenios ó *trapiches centrales*, que tanto se han preconizado para las colonias, no han resuelto ni podido resolber el problema, porque con ellos no se satisface á ninguna de esas dos condiciones tan importantes y tan vitales de la cuestion. Su costo escesivo, que por otra parte no permite multiplicarlos y mobilizarlos, como fuera menester, para situarlos donde quiera que exista ó cambie de lugar el pequeño cultivo, será siempre un obstáculo para que pueda difundirse el sistema, y alcanzar todos los fines que debemos proponernos con la division de la industria. Acaso mas adelante, cuando prevalezca la separacion y esté mas poblado el país, los grandes aparatos absorban á los pequeños; acaso tambien sea su destino único y final el desempeñar las operaciones complementarias de la purificacion y del refino del azúcar; pero no son ni pueden ser ellos, por cierto, los que funden y propaguen el régimen de division de la industria, ni mucho ménos los que atraigan trabajadores blancos y pueblen convenientemente el país.

Al recomendar la adopcion, por lo pronto, de trenes sencillos y poco costosos de fabricar azúcar, como el mejor medio de plantear y de generalizar los ejemplos de la industria dividida, no propongo que volvamos á los aparatos primitivos y groseros que emplearon nuestros abuelos para preparar ese dulce; esto seria retrogradar. Lo que quiero decir es, que suprimidos todos los órganos accesorios con que se ha complicado la fabricacion colonial para obtener de primera mano un azúcar, poco ménos que refino, y reducidas la magnitud de esos aparatos, las fuerzas mecánicas para ponerlos en movimiento y los edificios para abrigarlos, es muy hacedero construir hoy trenes aplicables á la fa-

bricacion en pequeña escala, poco dispendiosos, y que reunan todas las condiciones esenciales para evitar los desaciertos y desperdicios del antiguo sistema. Una elaboracion de cinco á seis mil arrobas de azúcar bruto por zafra, me parece que llenaria cumplidamente el objeto de prestarse cómodamente á las demostraciones que propongo, y de adaptarse luego á las facultades de los pequeños empresarios industriales que no tardarian en imitar el ejemplo.

La solucion que he propuesto es, pues, á todas luces la única capaz de promover todos los importantes resultados que ha de acarrear la division de la industria azucarera. Ella es tambien la mas hacedera, la que exijirá ménos desembolsos para plantear y multiplicar los ensayos ,y para difundir los ejemplos, que son en definitiva los que operarán el cambio en todo el país. En efecto, la actual industria seguirá entretanto llenando las necesidades de nuestra agricultura, pero es lógico prever que irá perdiendo terreno á medida que progrese un método rival, mas acertado, y que por su propia virtud y atraccion reclutará sin esfuerzos, sacrificios ni peligros los brazos de que ha menester. Y sucederá entónces una de dos cosas: ó se modificará lentamente el sistema vigente, ó lo que es mas probable, seguirá de una vez el impulso comunicado, y se trasformará entónces directamente, acomodándose y adaptándose á un nuevo y mejor órden de cosas.

¿Será entónces pequeña la parte que les quede á los grandes propietarios de tierras y de trenes de fabricacion? ¿No serán ellos los primeros que recojan los beneficios del cambio? ¿Seguirán negándose á contribuir con sus luces y su cooperacion material á una reforma que, respetando todos sus derechos actuales, les reserve para el porvenir la segura y tranquila posesion de una industria, que tiene que decaer, si no acabar, á poco que continúe el régimen desgraciado que hemos adoptado? ¿Permanecerán sordos á la voz del interés, ya que no á la del patriotismo?

He estampado la palabra patriotismo y no la recojo: ella me hace falta para terminar la tarea que he acometido.

En efecto, amigo mio; sin el mágico influjo de ese sentimiento, sin algunos esfuerzos y pequeños sacrificios de parte de toda la comunidad, que va á salir ganancioso con el cambio que vengo

recomendando en estas cartas, es mas que probable que permaneceremos siempre en el estado de atraso presente, y á merced de todas las eventualidades que puede traer el porvenir. Se trata de establecer en diferentes lugares del país algunos ensayos de fabricar azúcar en escala menor, y con entera independencia del cultivo de la caña, montando los necesarios aparatos allí donde esté concentrada la pequeña propiedad rural, con el objeto de que se imite y generalice en toda la Isla el sistema de la division de la industria azucarera, tan fecundo en promesas y beneficios de todo linaje. Esto demanda algunas erogaciones pecuniarias. ¿Quiénes deberán soportarlas? Todos los interesados, y como estos son todos los habitantes blancos de Cuba, sin escepcion alguna, á todos toca contribuir á la realizacion de un pensamiento que envuelve tantos bienes para lo futuro. Al gobierno, pues, que representa y sintetiza todos los intereses, como todos los deberes de la sociedad, le corresponde en primer término hacer los desembolsos necesarios, sea directamente con los fondos que posea y de que pueda disponer, sea estableciendo una derrama temporal y equitativa entre todas las clases de la sociedad.

En su defecto, ahí está la Junta de Fomento, á quien por su naturaleza incumben mas particularmente la iniciacion y planteamiento de este proyecto, como que tiene fondos afectos á esta clase de mejoras en el país. Y si sus actuales compromisos y las numerosas empresas en que ahora entiende se lo estorbasen, creo recordar que posee un crédito de mucha consideracion contra la Real Hacienda, como fondo caido del ramo de poblacion blanca. ¿Qué mejor ocasion que esta para hacer efectivo su cobro, y para destinar tambien el producido corriente de la asignacion anual que con ese objeto le está señalada, á la ejecucion de un pensamiento que, segun lo he demostrado, es el único que puede resolver el problema de poblacion blanca en Cuba?

Si el gobierno ó la Junta de Fomento no acojiesen esta idea, yo invoco á la Sociedad Económica de Amigos del país, la mas pobre, es verdad, de todas nuestras corporaciones, pecuniariamente hablando, pero opulentísima en ardor y celo por los verdaderos intereses del país. Por el número é ilustracion de sus miembros, por las relaciones y las influencias de que puede disponer, ella puede contribuir á que se atienda á una voz, que no porque vaya desde tan lejanas tierras, deja de llevar en su apoyo el

amor de patria, y mas que todo, las razones espuestas en estos escritos.

Y si tal fuese mi desgracia que estuviesen destinadas á morir, como ecos perdidos, estas distantes escitaciones á nuestros Cuerpos constituidos, entónces apelaré resueltamente á todos los que en mi país tengan la inteligencia y el patrietismo suficientes para conocer el mal que nos aqueja, y para comprender el remedio que necesita, invitándolos á que se concierten y asocien en la meritoria empresa de reformar, con sus solos esfuerzos y sacrificios, el régimen funesto que paraliza en Cuba todo conato de estender la poblacion blanca.

Me abstengo de invocar aquí tambien los beneficios directos y personales que reportarian, los que tomasen parte en una asociacion que tiene por objeto inmediato una esplotacion eminentemente industrial y productiva. Hícelo así sin resultado alguno en no muy lejana época, cuando el país parecia dispuesto á acojer con entusiasmo toda idea capaz de servir de pretesto á la constitucion de una sociedad. Tuve entónces el sentimiento de que ni una sola voz se alzase en apoyo de mi pensamiento, y eso, cuando prevalecia un verdadero frenesí, y se inscribian por millares los accionistas á las empresas mas descabelladas y ridículas. Despues no me han pesado ese silencio y ese abandono, porque no es el espíritu que dominaba en esas asociaciones fantásticas, el que puede fecundizar un pensamiento, tan íntimamente enlazado con los intereses mas sagrados de nuestra patria. Hoy ya no me atrevo á complicar este estudio, mas sério y mas general, con cálculos enderezados á demostrar las probables ganancias de los capitales que se destinasen á plantear en el país el nuevo régimen de la industria fabril del azúcar, con entera separacion del cultivo de la caña. Prefiero abandonar este punto á las reflexiones del interés individual, y acojiéndome solamente á las consideraciones de un elevado patriotismo, vuelvo á invitar á nuestras Corporaciones y á todos nuestros hombres ilustrados á que mediten, sin preocupaciones, los fundamentos en que descansan las ideas espuestas en estas cartas; á que las amplien y rectifiquen en lo que tengan de insuficiente ó de defectuoso, y á que propendan á su realizacion por aquellos medios que estimen mas acertados y conducentes.

En los años que tengo de vida, no he oido en Cuba una sola

opinion que no sea favorable al fomento del pequeño cultivo y de la pequeña propiedad, como bases indispensables para atraer allí y fijar la poblacion blanca. Tampoco puso nadie en duda que ese fomento habia de resultar, como corolario, del advenimiento de la pequeña propiedad á la produccion azucarera. No hay un solo publicista en nuestro país, ó fuera de él, que no haya señalado la divison de esa industria como escalon necesario, como trámite inevitable para operar ese advenimiento de la pequeña propiedad. Luego la division de la industria es el punto culminante y capital del problema que se viene agitando tantos años há, la condicion primordial y, casi me atreveré á decir única, de la solucion que se busca. Así tambien lo han comprendido nuestras principales corporaciones, y tanto la Junta de Fomento como la Sociedad Económica, instituyeron programas y ofrecieron premios al que primero resolviese prácticamente y diese el ejemplo de la division de la industria azucarera.

Semejantes escitaciones quedaron hasta ahora sin efecto, ó el que produjeron fué contradictorio. Así tenia que ser, y todo mi trabajo ha debido demostrarlo hasta la evidencia. Ahora se presenta, por primera vez, una solucion razonada y hacedera de todas las dificultades que hicieron abortar esas escitaciones y esas tentativas. ¿Querrá el país acojerla? ¿Querrán la Junta y la Sociedad patrocinar de nuevo su pensamiento favorito de otros dias? ¿Faltaran en Cuba hombres ilustrados y amantes de ella, que á falta de todos los demás favorezcan y promuevan la realizacion de estas ideas, que no son mias, sino de la razon y de la conveniencia general?

Dios haga, amigo mio, que yo no me engañe en mi deseo, para provecho de todos y satisfaccion de quien se repite de Vd. siempre afectísimo.

CARTA X.

COSTOS QUE PODRIAN OCASIONAR EL PLANTEAMIENTO DE ALGUNOS INGENIOS PURAMENTE FABRILES, Y SU REPARTICION EN DISTINTOS LUGARES DE LA ISLA.

Paris 12 *de julio de* 1858.

Mi estimado amigo: Si fuesen ciertos y reales, como creo haberlo demostrado, los fundamentos en que he apoyado la necesidad de que en Cuba se establezca la division de la industria azucarera, como único medio de hacer adaptable su agricultura al trabajo del hombre blanco; si al mismo tiempo aparece probado, que esa division solo puede operarse mediante el ejemplo que se diera, fundando en los lugares mas convenientes pequeños trenes ó aparatos de fabricar azúcar, que á la vez que promoviesen el pequeño cultivo de la caña, llamasen tambien á los pequeños capitales á difundir y generalizar en el país la pequeña industria fabril del azúcar, poniendo así al alcance de muchos una granjería que hoy es patrimonio esclusivo de los grandes propietarios y capitalistas, ¿no es evidente tambien, que el gobierno de Cuba, sus sociedades de fomento y cuantas personas se interesan en la prosperidad del país, deberian unir y combinar sus esfuerzos para plantear cuanto ántes los ensayos necesarios, y ofrecer en los diferentes distritos agrícolas un ejemplo que tantos bienes puede producir, resolviendo así, aunque de una manera indirecta, el complicado problema del trabajo y de la poblacion de aquella isla? ¿Habré apelado inútilmente á la inteligencia y al patriotismo de todos al escribir estas cartas?

Pero acaso se admitan todas mis premisas, y sin embargo vaya á estrellarse el plan en las dificultades de ejecucion. Yo no veo, por mi parte, obstáculo alguno de consideracion, como no

sea el de decretarse ó de reunirse los fondos necesarios para poner por obra esos ensayos. Bastan, á mi entender, 200,000 pesos repartidos y gastados en tres años, para llevar á cabo en siete puntos diferentes de la Isla la demostracion práctica de la industria provechosamente dividida. Estos puntos serian: la jurisdiccion de la Habana, la del Pinar del Rio, de Matanzas, de Trinidad, de Sancti-Spiritus, de Puerto-Principe y de Santiago de Cuba. Los costos todos de cada instalacion no deberian pasar de 12,000 pesos, comprendiendo fábricas, almacenes y aparatos. A cada jurisdiccion se le señalaria, pues, una suma de poco mas de 28,000 pesos, para montar un ingenio industrial de los que venimos recomendando, y para trabajar tres zafras, reservándosele la facultad necesaria para promover y estimular la siembra de cañas por los pequeños cultivadores del vecindario en que se estableciese. Estos ensayos estarian encomendados, en cada localidad, á una comision de tres hacendados de los mas inteligentes y con residencia en la jurisdiccion. Esta comision, además de disponer y de inspeccionar los trabajos, cuidaria de llevar una minuciosa contabilidad, y presentaria un informe anual del estado de la empresa de su cargo, con todas las observaciones que le hubiese sugerido la esperiencia. Estos informes se someterian anualmente á exámen de una comision central y residente en la Habana, nombrada por el gobierno, ó en su caso, por la corporacion ó sociedad que se hubiese puesto al frente de este proyecto. Esta comision ó Junta central, compuesta por lo ménos, de seis hacendados, tendria la direccion suprema de la empresa, nombraria las comisiones de cada distrito, corresponderia con ellas, entenderia en la venta de los azúcares, percibiria los fondos, y publicaria periódicamente los resultados de estos importantes ensayos.

Al cabo de tres zafras, y fueran los que fuesen los provechos pecuniarios de la operacion, se venderian en el mejor postor todos los trenes establecidos, con la condicion precisa de haber de continuar los compradores, por otros tres años mas, la fabricacion de azúcar bajo el mismo sistema de division. El producido de esta venta, y los sobrantes que hubiere por razon de las zafras vendidas, se destinarian, hasta donde alcanzasen, á plantear nuevos trenes en otras localidades, con las modificaciones y mejoras que la esperiencia hubiese aconsejado.

De esta manera, y andando el tiempo, se agotarian probablemente el capital primitivo y los productos que se hubiesen acumulado; pero tambien quedaria iniciada y planteada la division de la industria, en los términos que hemos visto ser los únicos eficaces para que prenda y se propague la deseada reforma. He tenido muy buen cuidado de darle el nombre de ensayos, y nada mas, á estos primeros trabajos. Es muy posible que á los principios resultasen pérdidas en este nuevo método de esplotacion de la industria azucarera; pero tambien las ofreció y muy considerables el primer camino de hierro construido por la Junta de Fomento de la Habana, lo que no estorbó para que ese mismo camino se vendiese, y fuese el punto de partida de todos los que despues se han hecho en la Isla, con tanto provecho para sus empresarios como para la riqueza general del país.

Otro tanto sucederia con los pequeños trenes fabriles de que vengo hablando. Por su misma novedad exigen que haya quien tome la iniciativa, quien soporte las pérdidas inseparables de un primer ensayo, quien abra el camino y muestre con su ejemplo los errores que deban evitarse, los desaciertos que pueden impedirse. El interés individual comprenderia muy luego la leccion, y sabria correjir lo defectuoso de la empresa, llevando á la perfeccion un sistema que virtualmente posee todas las condiciones necesarias para un éxito completo. Por eso es que en un principio creí que el acometer esta empresa era mas bien obra de una sociedad por acciones, que teniendo plena fe en el resultado final, supiese aguardar hasta que llegase el dia de las ganancias, empleando entretanto los capitales y la perseverancia suficientes para llevar á cabo cuantos ensayos fuesen conducentes á la mejor solucion del problema. Parece que me he equivocado, y que los capitales en nuestro pais son sobrado tímidos, y demasiado opuestos á novedades de esta clase. Por eso es que ahora me inclino mas á esperarlo todo del puro patriotismo, ó de la iniciativa y colaboracion del gobierno y de las sociedades constituidas.

¿Qué son para Cuba 200,000 pesos, de los que solo serian desembolsables unos 70 mil pesos mal contados cada año, durante tres, cuando se trata de dotar al pais de una de las innovaciones mas esenciales para que su agricultura no decaiga en lo adelante, sino que por el contrario se afianze de una vez para siem-

pre, realizándose aquello por que se viene clamando tantos años há, como fundamento indispensable para el fomento y atraccion de la raza blanca ? ¿Duda alguien, que llevada á efecto la division de la industria azucarera, no desapareceria como por encanto la mayor parte de los obstáculos que hoy se oponen allí al trabajo y al aumento de la poblacion blanca en Cuba ? ¿No lo pensaron y publicaron así cuantos se han ocupado de esa cuestion en nuestro país? Y entre los numerosos proyectos hasta ahora presentados para lograr ese objeto, ¿hay alguno que reuna mas probabilidades de éxito que el que se ha recomendado en estos escritos, fundado en multitud de consideraciones de toda clase que no admiten contradiccion ? ¿Qué son, vuelvo á decir, 200,000 pesos destinados á realizar ese gran *desideratum*, para una comunidad tan rica como la nuestra, que tanto tiene que perder si no modifica y asegura su agricultura, que tanto puede ganar y prosperar con imprimir al trabajo y produccion de su suelo esa nueva direccion que no compromete en nada lo existente ?

Temeridad, y muy grande, seria en mi, el descender á indicaciones sobre el modo y la forma en que el gobierno local, ó en su defecto, la Junta de Fomento podrian levantar ese fondo y justificar su inversion en la proyectada empresa. Ni para el uno ni para la otra podria haber dificultades sérias, desde el momento en que se penetrasen del bien inmenso que de ello podria reportar el país, pues que ese bien es su principal y mas apremiante deber ; pero si realmente existiesen obstáculos insuperables por su sola iniciativa, y contando únicamente con los fondos de que pueden disponer, ¿no tienen el recurso de apelar, como otras veces ya lo hicieron con tanto fruto, á la voluntaria colaboracion de los capitalistas y hacendados de Cuba, que tan interesados están en el fomento de la riqueza y de la produccion general del país? ¿Quedaria sin resultado un llamamiento al país, para que contribuyera á uno de los objetos mas vitales á que allí se puede aspirar? Poco conoce á Cuba y la índole de sus habitantes el que pusiese en duda la pronta y eficaz cooperacion que encontraria el gobierno, si se resolviese á invocar el auxilio de los particulares, para pasar por obra un pensamiento que está en la mente y en las convicciones de todos, pero que solo requiere el primer impulso para mover todas las voluntades, y

para determinar los pequeños sacrificios que su ejecucion demandaria á cada uno de los hacendados y capitalistas de Cuba.

Si mal no recuerdo, en el año de 1844 publicó esa Junta de Fomento un programa de premios, ascendentes en su totalidad á mas de 120,000 pesos, que se consignaban á los que introdujesen en la agricultura del país ciertas mejoras que se especificaban. Los premios mas alzados se reservaban para el primero que realizase un ejemplo de la division de la industria azucarera. Desgraciadamente la Junta sentó como base de esa division, la conservacion de un órden de cosas muy análogo al que hoy existe, en cuanto á la magnitud y al régimen de la esplotacion, y muy poco realizable, por cuanto requeria una colonizacion de familias estranjeras. Nadie optó á ese premio, y con sobrada razon, y yo habré perdido completamente mi tiempo y mi trabajo, si no he demostrado en estas cartas, que aun cuando fuera posible llevar á cabo un ingenio-modelo así constituido, de nada serviria para provocar la imitacion, ni mucho ménos, para fundar en el país un órden de cosas favorable al trabajo y al aumento de la raza blanca.

La Junta debe desengañarse; los grandes injenios solo han podido hacer la prosperidad del país, á favor de circunstancias anormales que cada dia se acercan mas y mas á su desaparicion final. La colonizacion blanca es un tristísimo recurso, como ya lo he repetido muchas veces, y la negacion absoluta de todas las condiciones que pueden atraer una numerosa emigracion de trabajadores. Así lo ha comprendido al fin la administracion francesa en su colonia de Argel, que estando á las puertas de la metrópoli, no logró todavía poblarse de franceses, á pesar de todas las combinaciones que hasta ahora se ensayaron para conseguirlo. Era necesario estimular la multiplicacion de la propiedad rural, no por medio de decretos ni de concesiones, sino por el aliciente del pequeño y fructuoso cultivo. Por eso es que ha fundado este gobierno ensayos esperimentales y ejemplos prácticos, que no tardarán en producir los mejores resultados. Las sumas destinadas á promover el cultivo, en escala menor, de la caña, del tabaco, del sorgho, del añil, del algodon, del nopal y de la morera son de mucha consideracion, y al fin y al cabo resolverán el problema de la inmigracion que hasta ahora resistió á todas las tentativas directas.

En Cuba se hizo hasta ahora todo lo contrario: los halagos y los estímulos se reservaron allí para la gran propiedad, para los grandes injenios; y cuando al fin se tocó la necesidad de dividir en dos ramos distintos la industria del azúcar, se pretendió lograrlo, conservando vigente mucha parte de la antigua organizacion, que es la que opone una barrera insuperable al fomento de la poblacion blanca en Cuba.

Tócale ahora su turno á los pequeños injenios fabriles, que son los que únicamente podrán realizar esa division, en los términos y bajo las condiciones mas favorables para llamar y fijar en el país una numerosa y voluntaria inmigracion de familias trabajadoras. Esas cantidades que la Junta de Fomento destinaba en 1844 para estimular ciertas mejoras en nuestra agricultura, ¿no podria hoy consagrarlas á la realizacion directa de un pensamiento, que envuelve la mayor y mas importante reforma que reclama la produccion del país? ¿Somos ménos ricos, ménos entusiastas y decididos por el bien público en 1858, que lo que éramos en 1844? Es ménos apremiante hoy la necesidad de asentar sobre sus verdaderas bases el edificio de nuestra existencia y de nuestra prosperidad?

No puede creerlo así quien se repite por hoy, señor Director, su afmo.

CARTA XI.

ACASO CONVENDRIA MEJOR EL PONER A CONCURSO LA INSTALACION DE LOS PRIMEROS INJENIOS FABRILES.

Paris 18 *de julio de* 1858.

Estimado amigo mio: Miéntras mas medito en el tema que he procurado desenvolver en estas cartas, mas me convenzo de su importancia, y de la necesidad de esforzar las conclusiones á que nos ha conducido su exámen. La division de la industria azucarera no es un problema que vamos nosotros á resolver por primera vez. Cuando en Europa se concibió la posibilidad de sacar azúcar industrialmente de la raiz de la remolacha, lo que ménos preocupó los ánimos fué la parte agrícola de esa empresa. La remolacha era conocida y cultivada desde tiempo inmemorial, y los que combinaron y plantearon los primeros aparatos para la elaboracion de su jugo, sabian perfectamente que podian contar con la materia prima, dejándola á cargo de los labradores. La nueva industria se inició, pues, en el estado de separacion de las dos partes que la constituyen.

En el mismo caso nos encontramos hoy nosotros con respecto á la caña de azúcar, si queremos iniciar un nuevo órden de cosas. No hay un solo sitiero en Cuba que no sepa sembrar y cultivar la caña; no hay uno solo que no la sembraria y cosecharia mañana, si se abriese un mercado donde espenderla. Lo único que hay que hacer, pues, es instalar los necesarios aparatos de fabricacion en los lugares en que abunde la poblacion rural de nuestra raza. Pero seria una solemne locura el comenzar el nuevo régimen con instalaciones en grande escala y con mecanismos dispendiosos, como que de esa suerte, ó se obligaria desde el principio á los labradores á pagar el interés de esos crecidos

desembolsos, reduciéndoseles el precio del fruto, ó se espondrian á pérdidas seguras los capitales que se empleasen en fomentar la nueva industria y en provocar, con precios artificiales, el cultivo de la caña. La fabricacion de azúcar no tomó en Europa el gran vuelo que despues alcanzó, hasta no haber propagado el cultivo de la remolacha, por medios naturales y fundados en la mútua conveniencia de labradores y fabricantes. Ese resultado se debió á la sencillez y á la economía de las primeras instalaciones.

De la propia suerte debe procederse en Cuba, con tanta mas razon, cuanto que existe ya allí la industria indivisa y en grande escala, cuyo pernicioso influjo es uno de los grandes obstáculos que hay que vencer para que se arraigue y fructifique el nuevo sistema. Facilitar, multiplicar los ejemplos y las imitaciones es una necesidad imperiosa para alcanzar nosotros el deseado fin.

Estos particulares los he discutido ya suficientemente, para que no quede duda alguna acerca de la conveniencia de procederse, cuanto ántes, á fundar esos ensayos en pequeña escala; ensayos que el interés privado sabria luego repetir y perfeccionar, convirtiéndolos en ejemplos que se difundirian y generalizarian despues en toda la Isla. En los paises en que el espíritu industrial está mas desarrollado que entre nosotros, no habria habido mucha necesidad de insistir en estas consideraciones: esos ensayos los habrian iniciado los particulares mucho tiempo há, y alguna empresa por acciones habria multiplicado hasta lo infinito los pequeños injenios fabriles de que venimos tratando, con el objeto de monopolizar los primeros beneficios de tan fecundo pensamiento.

En Cuba, ni aun en la época de la célebre inundacion de las sociedades por acciones, se le ocurrió á nadie promover una con ese objeto, siendo así que ninguna otra habria podido invocar con mejores títulos la autorizacion y proteccion del gobierno. Ya se ve: son muy contados en nuestro país los que creen en la posibilidad de hacerse nada nuevo ni provechoso en la organizacion de la industria azucarera, y si bien no falta ya quienes aprueben y aun clamen por su separacion en dos industrias distintas, no conciben esa separacion, si no es conservando para uno y para otro ramo las grandes proporciones en que hoy los vemos reunidos. De esa suerte nunca saldremos de los embara-

zos presentes; nunca se realizará la anhelada division, y cuando que llegase á plantearse, nunca tampoco contribuiria al fomento y ensanche de la poblacion blanca, que es á lo que principalmente se aspira con esa reforma.

En este estado de cosas, incumbe la iniciativa de estos ensayos á la accion colectiva de la Sociedad, llámese Gobierno, Junta de Fomento ó de cualquiera otra manera. En mi última carta señalé aproximadamente las sumas que habrian de invertirse en ese objeto, y de qué manera podria organizarse la empresa, para que el gobierno ó la junta conservase la direccion suprema y la debida intervencion en todos los pormenores esenciales del proyecto.

Otro medio habria, y acaso mejor, porque desde luego se llamaria al interés privado, que es mas activo y mejor administrador, á realizar las necesarias demostraciones de la industria dividida. Ofrézcanse premios, equivalentes á las sumas que hemos considerado suficientes para instalar en cada localidad los pequeños aparatos fabriles y para elaborar tres zafras de azúcar, á los primeros siete empresarios que establezcan esos aparatos en los puntos indicados, y que con ellos, y con caña comprada al pequeño cultivo, trabajen tres zafras de á 4,000 arrobas de azúcar bruto cada una, debiendo los aspirantes hacer constar debidamente todas sus operaciones, y someter su contabilidad al exámen de los inspectores nombrados al efecto por la Junta ó por el Gobierno. En caso de esceder de siete el número de los aspirantes, el premio se adjudicaria en cada localidad al que hubiese trabajado con mas provecho para sí y para los cultivadores de la caña empleada. De esta suerte se lograria plantear los ensayos, combinando desde un principio la buena gestion individual, con la debida competencia á favor de la buena fabricacion y del mayor beneficio de los cultivadores.

Y no se me diga que no habria aspirantes para esos premios, como ha sucedido en otras ocasiones, porque si bien se calcula se verá, que el premio ofrecido seria mas que suficiente á reintegrar todos los gastos que pudieran hacerse, y á compensar cualquiera pérdida que resultase por efecto de la inesperiencia en los primeros ensayos, quedando á favor de los agraciados una industria montada que podria luego mejorarse y perfeccionarse en todos sus menores detalles.

Despues de escrita mi precedente carta he pensado, que ántes de emprenderse por la Junta de Fomento ó por otra sociedad los ensayos que vengo recomendando, convendria probar este sistema de ponerlos á concurso, y ofrecer en premios los fondos que con ese objeto se hubiesen votado. Si por desgracia no surtiese efecto este llamamiento al interés individual, lo que no es de temerse, si cada premio tiene la importancia que acabo de decir, entónces no deberia vacilarse en acometer directamente la instalacion de los pequeños trenes de fabricacion de azúcar, con arreglo á las bases ya esplanadas, ú otras que parezcan mas apropiadas y conducentes al objeto apetecido.

Lo que urge en nuestro caso es salir de la inaccion en que estamos, pasándose los años en pensar y decir las cosas sin ponerlas nunca á la prueba. Quien quiere el fin debe querer los medios, y cuando la accion individual, por una razon ó por otra, se muestra contraria ó indolente, en ese caso es indispensable que la gestion colectiva se sustituya á la particular para realizar el bien de todos. En la cuestion del trabajo en Cuba se ha seguido un sistema de condescendencias, que ha contribuido á hacer mas difíciles las reformas que demanda nuestra agricultura. El daño hecho puede todavía remediarse de una manera indirecta, esto es, promoviendo y costeando un ejemplo, que seria decisivo para encaminar nuestra produccion rural por una senda mas provechosa y mas conforme al interés general del pais. El dia en que ese ejemplo esté realizado; el dia en que se demuestre prácticamente que la industria azucarera puede sostenerse y medrar sin el empleo de medios artificiales y violentos, ese dia dia recobrará el gobierno todo su derecho á no tolerar ningun espediente para el surtido del trabajo, que no esté en armonía con el mayor bien de toda la comunidad. Este resultado se logrará indefectiblemente, cuando quede evidenciada la posibilidad de dividirse fructuosamente la industria del azúcar, abriendo la puerta al trabajo y á la inmigracion de la raza blanca. Ese dia desaparecerán tambien inevitablemente los tropiezos, las dificultades y los peligros á que nos condena la actual y absurda organizacion de nuestros injenios.

Y cuando nada se espone ni se compromete con esta tentativa, como no sean algunos miles de pesos, que nada son en comparacion de la riqueza del país; cuando militan á favor de

los propuestos ensayos tantas probabilidades de buen éxito, y tantos motivos para creerlos decisivos y terminantes; cuando se piensa en la magnitud de las consecuencias que pueden seguirse de fundar con ese ejemplo una organizacion agrícola mas racional, mas duradera, mas independiente de eventualidades y de trastornos; cuando, en fin, se toma en cuenta la urgencia de poner á Cuba á cubierto de la ruina y de la miseria que amenaza á otros paises productores de azúcar, que no quisieron ó no supieron prepararse con tiempo á esa trasformacion inevitable de su agricultura, ¿podráse vacilar todavía en la realizacion de un pensamiento de que acaso esté pendiente todo nuestro porvenir?

Siendo yo gobierno, amigo mio, no dudaria emplear millones, que no millares de pesos, para alcanzar un resultado de tanta trascendencia; y si los medios propuestos para conseguirlo no me satisfaciesen, consideraria como uno de mis mas apremiantes deberes el de provocar la discusion y oir el voto de todas las personas sensatas y amantes de su patria, no descansando hasta no haber encontrado y puesto por obra algun espediente encaminado á producir esas grandiosas consecuencias. La imprenta periódica podria hacer mucho para esclarecer el asunto, y para ilustrar á los que tienen el poder y la voluntad de realizar el bien, y *El Correo de la Tarde* habrá merecido bien del pais, si logra con estos trabajos publicados en sus columnas, llamar la atencion y promover una resolucion sobre esta importantísima y trascendental materia.

Quedo de V. siempre afmo. amigo.

CARTA XII.

RECAPITULACION.

Paris 25 de julio de 1858.

Mi estimado amigo: once cartas he consagrado al exámen de la importantísima cuestion del trabajo y aumento de la raza blanca en Cuba. Esta, que será la última por ahora, tiene por objeto coordinar y resumir las ideas mas principales diseminadas en esos escritos, y presentar bajo una forma mas lógica y comprensiva las conclusiones á que me ha conducido ese estudio. Si la prensa periódica de Cuba me hiciere el honor de aprobar ó de impugnar esas ideas, las hallará clasificadas y condensadas en los siguientes capítulos y proposiciones:

CAPITULO I.

1. La insuficiencia ó la inaptitud del hombre blanco para los trabajos de la agricultura de los trópicos, tal como está hoy constituida, reconoce por agentes un cúmulo de causas, que mal estudiadas ó definidas, se confundieron hasta ahora bajo la denominacion única de influencia del clima.

2. Esa influencia del clima, proclamada y exagerada por unos, negada ó atenuada por otros, ha sido causa hasta aquí, de que los primeros hayan erigido en teoría la inaptitud del blanco para desempeñar la produccion tropical, y de que los segundos no hayan acertado á proponer, ni á realizar algun espediente eficaz para impedir el abandono de nuestros campos por la raza blanca.

3. La fisiología, de acuerdo con los hechos, prueba que esa influencia es real y efectiva; pero otros hechos no ménos auténticos demuestran que esa influencia se aminora ó se anula, cuando obran en el trabajador agentes de otro órden que luego manifestaré.

4. Los riesgos de la aclimatacion son iguales para la raza blanca y para las razas de color. La única diferencia que existe es, que las enfermedades y la mortandad de la una se especifican y se cuentan, y que las de los otros no se sometieron nunca á cálculo ni clasificacion. Los que todavía sostengan lo contrario, carecen de observacion ó les sobra mala fé. La cuestion de aclimatacion debe, pues, descartarse del debate.

5. Cuado se analiza el fenómeno del trabajo humano, se descubren tres agentes, que en mas ó en ménos concurren siempre á su ejecucion. Estos agentes son: la fuerza física, la inteligencia y la voluntad. Por voluntad entendemos aquí el acto y los móviles de la volicion.

6. La inteligencia y la voluntad pueden hasta cierto ponto suplir la flaqueza del organismo ó de la fuerza física; pero esta es nula sin la voluntad y muy deficiente sin la inteligencia. Todo el progreso de la humanidad consiste en sustituir mas y mas la accion de la inteligencia á la accion de la fuerza corporal, la maquinaria inerte ó irracional á la maquinaria viviente ó dotada de razon.

7. De una manera general puede decirse, que son mas eficientes para toda clase de trabajos las razas en que predominan los elementos intelectuales y morales, que las razas en que sobresalen los instintos y la fuerza bruta. La historia de las civilizaciones no es otra cosa que la historia de esas superiores aptitudes.

8. Para comparar, pues, la aptitud para el trabajo de dos hombres ó de dos razas de hombres diferentes, es preciso tener en cuenta todos los elementos físicos y morales que los distinguen. De la misma manera, cuando del trabajo hecho se quiere inferir las aptitudes de los trabajadores, es preciso distinguir en él la parte que pertenece al organismo, de la parte que pertenece á los móviles y á la inteligencia, para no tomar, como sucede á menudo, lo mas aparente y visible como la medida ó el esponente de la aptitud y de la disposicion de los trabajadores.

9. La raza blanca ó caucásica, considerada con independencia del clima, es superior para el trabajo á las razas de color, porque dotada constitutivamente de una organizacion física tan buena, si no mejor que la de estas, les lleva muchísima ventaja en las aptitudes intelectuales y morales, que tanta parte tienen en la cantidad y en la calidad del producto ó del trabajo.

10. En los trabajos de la guerra, y en otras muchas faenas rigorosas que en los trópicos se desempeñan por blancos y por hombres de color, los blancos vencen á los de color, no porque les esceden en fuerzas, sino porque les sobrepujan en inteligencia y en voluntad.

11. En los trabajos agrícolas de los trópicos, que no son mas recios que los trabajos de la guerra y que otras faenas en que sobresale la aptitud del blanco, los hombres de color vencen á los blancos, no porque tengan mas fuerzas ni inteligencia que estos, sino porque en ese caso está á favor de los hombres de color el elemento de la voluntad.

12. En todo caso, si la accion del clima debilita mas la fibra del hombre blanco que la del hombre de color en la ejecucion de los trabajos campestres de los trópicos, su superior inteligencia y la mayor energía de su voluntad, cuando propiamente estimuladas, bastarian á compensar esa inferioridad del organismo.

13. Pero la organizacion de nuestro trabajo agrícola es tal, que no hay cabida en él para la inteligencia, ni estímulos para la voluntad del hombre blanco, siendo así que el hombre de color, como mecanismo mas automático, mas pasivo, mas muscular, si se quiere, funciona mejor en ese caso, porque puede obrar bajo otros estímulos para la voluntad, y abdicar en parte su inteligencia.

14. Con ménos aspiraciones, sin el sentimiento de la propia dignidad, el hombre de color trabaja sin mas aguijon que la satisfaccion del apetito, ó el temor del castigo. El blanco tiene otra ambicion, ha menester de otros alicientes, de mayor recompensa que los que le brinda nuestro sistema de agricultura; huye del envilecimiento y de la disciplina del trabajo de nuestros injenios, para dedicarse con preferencia á otras tareas mas independientes, y mas en armonía con las exigencias de su superior naturaleza.

15. Fuera de los injenios, la agricultura menor del país no

ofrece tampoco mucha retribucion al trabajador blanco, al que de otro modo podria tentar la suerte de asalariado, arrendatario ó propietario de un pequeño predio rural, y por esto es que en general abandona la agricultura por la industria, ó por otras ocupaciones mas lucrativas ó mas atrayentes.

16. Estas, y no otras, son las razones realmente eficientes del descrédito y del abandono del trabajo agrícola por la raza blanca en nuestro país, de la falta de inmigracion voluntaria y del estacionamiento de nuestra poblacion. En un análisis riguroso y completo de estos fenómenos, puede y debe agregarse la accion del clima como concausa, aunque sus efectos son nulos, como lo hemos visto, donde quiera que el blanco puede poner en juego los tres elementos, fuerza, voluntad é inteligencia.

17. Todo lo mas que puede concederse es, que la raza blanca es inferior á las de color para soportar la enervacion del clima, cuando se combina con las demas causas etnológicas, sociales y morales que la alejan del trabajo de nuestros campos.

CAPITULO II.

18. Siendo esto así, esto es, no pudiendo nuestro sistema de agricultura conciliarse con las exijencias del trabajador blanco, lo que importa averiguar es, si no pudiera modificarse ese sistema para que tuviesen cabida en él, la fuerza, la inteligencia y la voluntad del hombre blanco, neutralizando de esa manera el efecto que pueda ejercer el clima en su constitucion.

19. Así planteado el problema, se resuelve teóricamente con la mayor facilidad, porque equivale á preguntar, si en pleno siglo XIX puede ó no variarse un sistema de agricultura concebido trescientos años ha, en medio de la ignorancia, de las pasiones y la codicia, y perpetuado hasta nuestros dias á favor de circunstancias anormales que han pasado ya ó tienden á desaparecer por completo.

20. Equivale á preguntar, si el hombre blanco sabe y puede sembrar y cosechar la caña de azúcar y otros frutos tropicales; cosa que diariamente se ve que sabe hacer y hace, fuera del régimen y de la disciplina de la gran propiedad rural y del gran cultivo, que es donde se sacrifican su interés, su autonomía y su dignidad.

21. Equivale á preguntar, si el pequeño cultivo y la pequeña propiedad rural son conciliables con las exigencias de la industria azucarera, que es la que absorbe todos los salarios, todas las ganancias y ventajas de la agricultura tropical, y la que aleja de nuestros campos la poblacion blanca, y contiene la espontánea inmigracion de los trabajadores; cuestion resuelta ya ventajosamente en la esfera del raciocinio, y tambien en el campo de los hechos en la industria similar europea.

22. *La solucion práctica de ese gran problema*, en nuestro país, está en la division de la industria azucarera en dos ramos distintos: el cultivo de la caña, y la fabricacion del azúcar; como están divididas en nuestro país, y fuera de él, otras muchas granjerías, siendo unas las que producen, y otras las que trasforman las materias primas; como está divida la industria azucarera de remolacha; como lo está ya la de azúcar de caña en cierta provincia de España, y en algunas posesiones inglesas de la India.

23. Separada la siembra de la caña de la fabricacion de azúcar, el mas pobre sitiero entra en posesion de ese fácil y remunerador cultivo; trabaja personalmente con su familia, y encuentra asalariados blancos que le ayuden, porque así no creen degradarse, ni están sujetos al rigor y disciplina de las grandes esplotaciones, y tienen por delante la perspectiva de elevarse á su turno á la superior condicion de arrendatarios ó de propietarios.

24. Realzada así y mejor retribuida la condicion del pequeño labrador, sea propietario, arrendatario ó asalariado, el ejemplo cunde, todas las fuerzas blancas disponibles acuden á los campos, atraen tambien las de fuera, constituyendo así un aflujo perenne, una inmigracion espontánea, que es la única que puede llenar fructuosa y convenientemente las necesidades de nuestra agricultura y de nuestra poblacion.

25. Este cambio de sistema, estos atractivos tan indispensables para despertar el elemento de la *voluntad* en el trabajador blanco, son, por otra parte, favorables para el empleo y el desarrollo del otro elemento, *la inteligencia*, que á su turno simplifica, facilita y aminora *la fuerza* necesaria á la produccion, neutralizando las *influencias climatéricas*, y haciendo mas remuneradora, mas atrayente y mas productiva la agricultura, mas considerable el

aflujo de los trabajadores y el aumento de la poblacion blanca.

26. Y como á su turno tambien se mejora por la division la industria fabril del azúcar, y se aumentan los estímulos y las facilidades para su estension, en tanto tambien se acrecen la demanda de la caña y la remuneracion de los cosecheros, y se desenvuelven todos los elementos favorables al trabajo y al desarrollo de la poblacion blanca.

CAPITULO III.

27. La division de la industria azucarera no se realizó ya entre nosotros, precisamente porque hasta ahora se desconoció que debia hacerse por la pequeña propiedad y por el pequeño cultivo, y para la pequeña propiedad y para el pequeño cultivo.

28. Esa division no se realizó, porque se buscó solamente en la separacion, y no en la independencia de los fabricantes y cultivadores, que solo puede conseguirse mediante la mas completa libertad de las transacciones, basada en las leyes naturales de la oferta y de la demanda, y á favor de la multiplicacion de las fábricas y de las siembras.

29. No se realizó, ademas, porque los ejemplos de la division que se propusieron ó plantearon, se complicaron indebidamente con proyectos de colonizacion y con otras exigencias que hacian costosos y difíciles los ensayos, inseguros los resultados, y de ningun valor los ejemplos para la propagacion del sistema.

30. Todos esos inconvenientes se evitan, todos esos requisitos se satisfacen, todas esas necesidades se llenan, tomando por base el pequeño cultivo existente, y planteando y multiplicando por todas partes la *pequeña industrial fabril* del azúcar, por medio de trenes muy sencillos, aunque perfectos, destinados á dar al azúcar su primera forma venal de azúcar *mascabado*, y susceptibles, por su poco costo, de ponerse al alcance de los pequeños empresarios y de propagarse con rapidez en toda la Isla.

31. De esa manera se facilitan los ensayos, las demostraciones y los ejemplos; se convida al trabajo y á la fortuna á esa masa inmensa de labradores pobres, desheredados por el gran cultivo, y se inicia de una vez la division bajo la forma que deberá conservar en lo adelante, si de veras se quiere adaptar la industria

azucarera al trabajo de la raza blanca, y provocar la inmigracion de trabajadores voluntarios en el pais.

32. Tambien así, andando el tiempo y cerrándose la puerta á la importacion de los trabajadores de color, se estenderán por toda la Isla el cultivo de la caña y la fabricacion de azúcar, se trasformará paulatinamente la industria actual, y se lograrán todos los importantes resultados que debemos prometernos del fomento de la poblacion blanca en Cuba.

CAPITULO IV.

33. Este gran *desideratum* de la division de nuestra industria azucarera, pudiéralo iniciar con mucho provecho para sí una compañía por acciones, que tuviese los capitales suficientes para multiplicar los pequeños ingenios fabriles en distintos puntos de la Isla, y la inteligencia y la perseverancia necesarias para allanar los obstáculos que están en el camino de toda innovacion.

34. En su defecto, el Gobierno que está mas que nadie interesado en la mejor solucion del problema del trabajo y de la poblacion; la Junta de Fomento, que dispone de fondos, y que tiene la mision de promover directamente esos importantes objetos; la Sociedad Económica, que quiere y puede influir en todo lo que sea útil para el pais; los particulares todos á quienes anima el fervor del patriotismo, debieran combinar sus medios y sus esfuerzos para realizar la fácil demostracion y propagacion de la industria dividida.

35. Para ello se ofrecen dos caminos. El primero, y el mejor, seria el de poner á concurso la instalacion de unos cuantos pequeños *injenios fabriles*, en los principales centros de poblacion rural blanca, y la molienda de tres ó cuatro zafras, ofreciendo fuertes premios á los que primero y mejor realizasen esos resultados.

36. El segundo consistiria, á falta de aspirantes, en consagrar la totalidad de esos premios á llevar á cabo, por propia cuenta, esos ensayos, renovándolos y mejorándolos hasta agotar los fondos decretados con ese objeto.

37. Sea cual fuere el medio que se emplee para poner por obra esos ejemplos de la industria dividida; sean ó no decisivos desde

el principio, la industria privada los imitaria desde luego, correjiria sus defectos, los perfeccionaria y los multiplicaria por todo el país. Así es como en Cuba y en otras partes se llevaron á cabo otras empresas de mas difícil y mas dudoso éxito.

38. En el caso mas adverso, quedaria siempre la satisfaccion de haberse intentado algo lógico y racional para resolver el problema que mas importa á la consolidacion, al progreso y á la prosperidad de la Isla de Cuba.

Al emprender este trabajo, que está muy léjos de ser completo ni perfecto, me propuse mas bien iniciar, que no resolver una cuestion tan enlazada con nuestros mejores intereses. ¡Ojalá y sirva de estímulo para que otros mas entendidos y autorizados señalen sus defectos, emmienden sus errores, y propongan algo mas acertado y hacedero!

De todo corazon lo desea quien se repite de V. afectísimo amigo.